

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 8

19 DE ABRIL DE 1874.

AÑO I.

RUBENS

DIPLOMÁTICO ESPAÑOL.

SUS VIAJES Á ESPAÑA,

SUS GESTIONES COMO AGENTE DIPLOMÁTICO SECRETO

ENVIADO POR FELIPE IV A CARLOS I DE INGLATERRA, Y NOTICIA DE LAS OBRAS DE SU MANO QUE AÚN SE CONSERVAN EN MADRID.

CAPÍTULO III.*

1627.

Rubens en Flandes.—Relaciones políticas entre España, Francia é Inglaterra.—Origen de las negociaciones oficiosas para la paz con Inglaterra.—Papel que en ellas desempeña Rubens.—Gerbiere.—Marqués de los Balbases.—Marqués de Leganés.—Primeras cartas y despachos.

Veinticuatro años eran pasados desde que Rubens salió de España para Mantua, y en este tiempo habia recorrido toda la Italia, vivido en Francia y vuelto al fin á su patria, fijando en Amberes su residencia. Dejando á un lado estos años de la vida del diplomático pintor, tanto porque sobradamente están relatados con sumo acierto por habilísimos biógrafos, cuanto porque nada importan al propósito de este estudio, reanudar conviene el relato de esta historia, en el año de 1627, época en la cual se hallaba Rubens en el apogeo de su gloria, no escaso de bienes de fortuna, llena el alma con el cariño de su familia, apreciado, agasajado y muy considerado de la Infanta doña Isabel Clara Eugenia, hija del rey D. Felipe II, viuda del archiduque Alberto y gobernadora de la Flandes católica, quien á su servicio le habia unido obligándole con ricos dones (*aureis vinculis ligarunt*) y decente pensión como pintor de su cámara. La simpática y agraciada figura de Rubens, su abierto carácter, la gloria que habia conquistado en toda Europa con sus pinceles, las maneras nobles y distinguidas de su caballeroso trato, la desahogada posición que ocupaba y la decidida devoción con que

servia á la casa real de España en sus dominios de los Países Bajos y en la persona de la Infanta Doña Isabel su gobernadora, diéronle acceso cerca de las más principales personas de aquella corte, y se conquistó, con tan buenas cualidades y circunstancias, la estimación y el respeto de importantes personajes del bando rebelde enemigo de España. Rubens era, en fin, en nuestra Flandes de aquel entonces, no solamente un grande artista, sino un hombre político de influencia en aquella corte. La circunstancia de no residir en el mismo Bruselas, áun cuando con frecuencia la visitara, contribuiria más quizá á no perder su preponderancia para con la Infanta y los hombres de Estado que la rodeaban, manteniendo así aquella siempre viva, y no dejando nunca de ocuparse de la cosa pública. Como amigo trataba al heroico marqués de los Balbases, D. Ambrosio Spinola, el obstinado impugnador de Breda, y largas eran sus conversaciones de política con el famoso y opulento D. Diego Felipe Messía de Guzman, que luego fué marqués de Leganés y presidente del Consejo de Flandes; y mucho debieron conocer los representantes diplomáticos en las provincias rebeldes el valimiento de Rubens, cuando á su mediación recurrían para alcanzar favores de la corte flamenca.

Las relaciones políticas de España con Francia é Inglaterra eran en estos momentos del año de 1627, casi las mismas que indicadas están al fin del capítulo primero. Francia nos tenia por aliados, á causa de la guerra de los rocheleses, é Inglaterra, para vengarse de esta ayuda importante que á Francia prestaba el Conde-Duque, habíase unido á las provincias rebeldes de Flandes con lazo estrecho, en daño de España, fuertemente apretado en el Haya, en este mismo año, ante el rey de Dinamarca que en ello intervino. Sin embargo, Inglaterra, cansada ya de tan larga lucha, se unia á los

* Véanse los números 1, 2, 4 y 5, pág. 6, 40, 97 y 129.

herejes, más por deberes morales de secta que por su propio y material interés; y aun cuando estipulaba no tratar ni firmar capitulaciones de ningún género con España, sin ir de comun acuerdo con sus aliados los holandeses, no por eso dejaba entrever á algun diplomático sus buenas disposiciones para la paz.

Un servicio personal prestado por Rubens á uno de estos agentes, dió ocasion á que estas buenas disposiciones llegasen á conocimiento de la Infanta gobernadora. El favor era bien sencillo, pero grande indudablemente en aquellos tiempos en que las comunicaciones y los viajes no eran tan cómodos y fáciles como hoy lo son, y sobre todo en tiempo de guerras civiles y además religiosas. Un señor llamado Gerbiers, representante del rey de Dinamarca en los Estados rebeldes de Holanda, y holandés de nacimiento, emparentado con los principales caudillos de aquellos herejes, muy íntimo del mismo Príncipe de Orange, y por lo tanto personaje completamente sospechoso para el gobierno de Bruselas, hubo de tener necesidad de marchar á Inglaterra, donde tambien le ligaban lazos de amistad con algunos ministros del rey Carlos; y como le fuese mucho más cómodo y breve hacer su viaje por Bruselas en busca de cómodo puerto que le ofreciesen ventajoso embarque en naves amigas de España, que eran las únicas de quienes podia temer, aprovechó la amistad que con Rubens le unia para alcanzar de la Infanta su pasaporte que le permitiera realizar sus propósitos. Rubens le puso en sus manos inmediatamente el salvoconducto que deseaba, y que Gerbiers supo muy bien aprovechar y agradecer. El cómo pasó esto, Rubens mismo lo relata mejor, del modo que muy pronto se verá.

Este mismo Gerbiers, créese que acompañó al rey de Inglaterra, siendo Príncipe de Gales, cuando estuvo en Madrid, y además que era pintor, protegido del duque de Buckingham y amigo de los ministros del rey Carlos. Yo aquí me atengo sólo á lo que los documentos oficiales arrojan, sin negar estos otros datos.

Habia de dejar la Flandes para venir

á España y luego marchar á encargarse del mando del ejército español en el norte de Italia, en la famosa guerra de la Valtelina, el mencionado D. Ambrosio Spínola, marqués de los Balbases, á quien todos los españoles conocemos como si le hubiéramos hablado mil veces, desde que por primera vez le vimos en el *cuadro de las Lanzas*, de Velazquez, recibiendo las llaves de la plaza de Breda. Este gran general, del temple de alma de los Córdobas, Dávalos y Leybas, iba á Italia á cerrar el catálogo de esta raza de héroes, y á morir allí, *de no haberse muerto otros*, como dijo con sangriento dolor D. Francisco de Quevedo. Al marqués de los Balbases contó Rubens su conferencia con el ministro dinamarqués, y de tal importancia hubo de hallarla el general, que escribió á Madrid dando de ella cuenta á S. M. Así lo prueba el siguiente despacho dirigido á S. A. la señora Infanta, fecho en Aranjuez á 4.º de Mayo de 1627: (Est. Leg. 2236, folio 297.)

El Marqués de los Balbases me ha dado cuenta de algunas cartas que ha tenido de Pedro Paulo Rubens en órden á la plática que corre entre él y Gerbiers, sobre el acomodamiento con Inglaterra, de que V. A. tiene particular noticia, y por dar á entender Rubens que deseaba allí mucho este acomodamiento, he mandado al Marqués le responda que me ha hallado con muy buena disposicion y voluntad estos tratados; esto se haze porque Rubens pueda dar esta respuesta, de que me ha parecido dar cuenta á V. A., y decirle que mi fin es que V. A. despache un correo á Rubens pidiéndole las cartas originales y en cifra que le ha escrito en esta materia, pues quizá en ellas podria ser que hubiese cosas y palabras en que reparar, que no lo hubiese hecho Rubens, demas que tambien puede ser que haya quitado y puesto lo que le pareciese, y es justo ver los fundamentos con que se entra en esta plática, y qué personas intervienen en ella, y así holgaré que V. A. disponga y encamine lo que á esto toca como mejor le pareciere, y que me auisse de lo que hiziere en ello.

Nuestro Señor guarde, etc.

La Infanta trasladó á Rubens este despacho; le haria quizá venir á Bruselas y allí dictaria Rubens la siguiente carta, que por su estilo y hallarse en correcto español, es de suponer que no fuera de mano del pintor. No existe en Simancas más que la

copia, y no tiene fecha; pero nada de esto desvirtúa el sumo interés que encierra, y que explica sus conferencias con Gerbiers, así como también da á conocer lo mucho que se ocupaba de la política y... en fin, léase la carta, que ella lo dice todo: (Leg. 2517, núm. 8. Estado.)

Excmo. Señor :

La Serenísima Infanta me ha ordenado que dé parte á V. E. de un negocio que se ha ofrecido despues de su partença con la ocasion de vn pasaporte que dió su Alteza por medio de V. E. y á instancia mia al Residente del Rey de Dinamarca en los Estados de las provincias rebeldes. Este es Olandés de nacion, y emparentado con los principales ministros de aquel gobierno, y estrechísimo con el Príncipe de Orange. Auiendo llegado á Amberes los dias pasados, me vino á dar gracias del pasaporte, que por mi direccion se le hauia dado, y auiendo entrado en discurso de las cosas públicas se mostró bastantemente informado de las pláticas secretas que han pasado entre Olandeses y Ingleses, y me confesó ser confidentísimo del Carleton, y por conclusion me dixo que no le parecia que jamás se podria tomar acuerdo ninguno con alguno de los confederados en particular, pero sí con todos juntos, por ser inseparables y encadenados sus intereses, fuera de que la última confederacion hecha en la Haya entre el Rey de la Gran Bretaña, el de Dinamarca y los Estados de las provincias unidas, excluye todo tratado que no se hiziere de comun consentimiento. Yo le respondí, que pues aquellos Estados hauian de intervenir necesariamente, se podia esperar poco de su obtinacion en querer mantener el titulo de países libres, anejo solamente á la tregua pasada, y que espiró con ella, y que queriendo su magestad cathólica ser reconocido por Príncipe soberano, por amor ó por fuerza, me parecian insuperables estas contrariedades y me obligauan á desconfiar del subceso de qualquiera tratado. A que me respondió, que el Rey tratando derechamente con los Estados, no conseguiria jamás su intencion más que queriendo dar alguna satisfacion á los Reyes de Inglaterra y Dinamarca en sus intereses y pretensiones particulares, ellos podrian bien constringir á los Estados á que se contentasen de que el Rey de España tuuiese título sin (Re) que es título sin posesion á su satisfacion, no siendo justo que por question de nombre, toda Europa dure en perpetua guerra. Acordándome yo de lo que hauia dicho el señor Don Diego Mexía, y afirmado muchas vezes que el Rey nuestro señor no pretende otra cosa que vn título, más de reputacion que de sustancia, le dixé que era necesario se declarase cerca de las pretensiones de aquellos Reyes, porque podria ser que no pudiese el Rey nuestro señor darles satisfacion, á causa de

que las diferencias pendientes entre el Emperador y el Rey de Dinamarca no tocauan á España sino por la consanguinidad con la casa de Austria, como tambien la restitution del Palatino en su dignidad y estado dependia enteramente del imperio. A esto respondió que era notorio en todo el mundo la Potencia y autoridad del Rey de España (á quien queriendo abrazar el negocio con sinceridad ninguna cosa era imposible); que á medida de su intercesion, á efecto de las pretensiones destes Reyes obrarian ellos por qualquier medio posible con los estados Olandeses para dar satisfacion á su magestad cathólica, y añadió que si yo queria proponer la plática á su Alteza, y que ella le asegurase de su fauor y medio, él pondria en escrito algunas condiciones de tratado, pero sin firma, y remitiéndose á la voluntad y aprobacion de sus superiores para embiar á España, y que él entre tanto pasaria en Inglaterra para tener poderes espeçiales, no solo de su Rey, mas tambien del de la Gran Bretaña para este tratado. Y replicándole yo que era necesario poder de los Estados de Olanda, me respondió que no queria prometer una cosa ymposible; mas que queriendo el Rey nuestro señor hauer resguardo al Príncipe de Orange, y compensarle los daños de reputacion y aprovechamiento, si le resultasen algunos de la paz, se aseguraua que el Príncipe pondria de su parte toda su industria y autoridad por disponer con la buena inteligencia y ayuda de los dichos Reyes que aquellos Estados se ajustasen á la razon.

Yo no conozco este personaje, ni quiero prometerme dél que sea para efectuar estas promesas, ántes bien lo dudo grandemente, pero mostrando él las comisiones y Poderes de mano propia de su Rey, escritos y firmados en bonísima forma, como yo lo he visto, no me pareço que podia dexar de dar quenta á su Alteza, como lo he hecho desta demanda. Su Alteza me ha mandado que éntre en la Plática y dé quenta á V. E. (como lo hago con la presente) inbiándole para mi descargo el papel original que he mostrado á su Alteza, y me dió el mismo residente, que contiene algunas condiciones de tratado que veera V. E., juntamente con una declaracion bien estendida de los daños y prouechos que resultan á cada una de las partes de semejante paz. Lo que más aprieta aquí es el secreto, que afirma ser el alma deste negocio; y por esto no quiso que nadie le viesse estando en Bruselas, y no sé por qué particular ynclinacion me ha protestado que no quiere corresponderse ó tratar más que conmigo solo, y para esto me dexa una cifra. Y así, con esperança de que quando esta llegue, se hallará V. E. con el fauor de Dios bueno en la corte, me encomiendo umilísimamente en su buena gracia, y con toda submission le beso las manos, etc.

Este residente desea tener en escrito quanto antes la forma de tratado con el qual su magestad se contentaria de acordar alguna paz con Olandeses, con espe-

cificación de sus pretensiones y demandas para poder el tratar con buen fundamento y acierto.

Si Gerbiers era realmente el pintor que se supone, parece algo raro que Rubens no le conociera y se mostrara tan extraño á su persona. Por otra parte, tambien se puede suponer que la afición que este Gerbiers muestra por Rubens, fuese hija de ser él mismo pintor de profesion ó por afición, y nacer de esta circunstancia sus simpatías por Rubens, sobradamente demostradas en la índole de sus poderes para las gestiones oficiosas de la paz, que terminantemente prescriben que habia de entenderse con Rubens exclusivamente.

Al mismo tiempo que se exigian á Rubens estos datos y los participaba á la Infanta, pedia esta señora para sí, un poder para tratar las paces con holandeses, como lo habia solicitado en anteriores ocasiones, deseando, y con razon, estar prevenida para aprovechar la primera ocasion en que pudiera usarlo. Cuál fuese la política de la corte de España y cuál el despacho de la Infanta, se colige del despacho-contestacion al suyo, que es el siguiente, pues el de la Infanta no está en Simancas. (Leg. 2235, folio 256 y 257. Est.)

Carta dirigida á la Infanta Doña Isabel en 1.º de Junio de 1627.

He recibido la carta de V. A. de 17 del pasado, y entendido por ella como el Rey de Inglaterra hauiá declarado holgaria que por mano de V. A. se continuase la plática de concierto entre mí y él, incluyendo en ella á Olandeses, y por lo que escriuo al Marqués de Mirauel, de que aquí va la (1) copia y un papel del Conde-Duque, verá V. A. el acuerdo que en razon destas cosas de Inglaterra hemos tomado yo y el Rey Christianísimo, y el medio de que se ha usado para tener biva esta plática sin faltar al buen trato y correspondencia que es justo con Francia, y que porque por esto mismo, y el recato con que conuiene proceder con aquella corona, tendria inconueniente el dar á V. A. el poder que pide. Juzgando tambien por otra parte que importa no desconfiar á Ingleses, me ha parecido embiar á V. A. el que va aquí, con data del 24 de hebrero del año pasado, con que parece se acude todo, supuesto que el fin principal, como va dicho, es quitar á Francia toda ocasion y no asentar agora nada con Inglaterra, sino entretienella. Y el no embiar á V. A. poder para lo que toca á Olande-

ses, pues están escluydos en los títulos particulares á que se estiende el poder, es por dos razones: la primera por lo que se ha auisado en otros despachos, que es no querer yo ajustarme á dexar dudoso ni yndiferente el punto de libres y los demas sobre que se ha escrito á V. A.; y esto no naze de no querer yo pazes, sino deseallas y tenellas seguras y de reputacion, cediendo todo quanto no es religion y soberanía por ser el uno punto de religion y de conciencia y el otro de reputacion, en que no es posible á ningun Rey grande ni justo dispensar; y si es cierto quanto á V. A. le anteponen otras personas, y llega á juzgar V. A. de que entrando en el tratado y gual y sin declaracion de la soberanidad, despues se ajustara la soberanidad y la paz y las nauegaciones. Es facilísimo de ajustar con los que pueden hazer opinion probable de que esto ha de ser, y que tienen mano para encaminallo, como seria que se empieze al rebés, obligándose estos propios en nombre de los Estados á esto mismo, y yo les concederé un año de suspension de armas, tratando con ellos este tiempo como con Principes libres que es más de lo que piden, porque parece duro caso que me aya yo de fiar de rebeldes entrando en tratados con falta de reputacion en fe de que han de encaminar la satisfacion que deseo, y que se aya de restaurar lo que en esta accion se entraria perdiendo, y mas con la esperiencia de la tregua pasada, pues entonzes ofrecieron lo mismo, huiendose gastado durante ella mucho mas que se gastaua antes en la guerra, huiendose perdido la India Oriental y parte de las Occidentales sin la reputacion; y si bien puede esperarse no subcederá agora como entónces, será porque Nuestro Señor haga algun milagro, pero discurso moral no se puede formar contra esta esperiencia, siendo sola la respuesta á todo lo dicho lo que cuesta la guerra, y que no se puede sustentar.

La segunda razon porque se embia á V. A. el poder dicho en la forma que va, es porque si Ingleses estuiesen fuertes en yncluir á Olandeses, en el mismo poder se hallará la necesidad que haurá de despachar otro correo, que es el fin principal que se lleva de procurar entretenellos, satisfechos-hasta que los subcesos y sazón los descubra lo contrario; de todo lo dicho me ha parecido dar quenta á V. A. para que tenga sauída mi intencion y lo que se me ofrece, y holgare que V. A. me auisse lo que tambien le ocurre en todo, muy seguro y cierto del amor y voluntad de V. A., que me dirá y aduertirá lo que entendiere ser mas acertado y conueniente como se lo encargo, y particularmente el secreto de la materia, reserbandola de los mas que sea posible, como tambien se ha hecho acá lo propio. Nuestro Señor, etc.

No faltan prevision, prudencia, celo religioso, ni aún orgullo en el anterior despacho que el Conde-Duque hace firmar al rey

(1) No es adjunta, ni el papel.

Felipe IV, ni van tan mal encaminados los consejos y preceptos que á la Infanta se envían. Una semana despues de despachada esta carta, reuniase el Consejo de Estado para informar á S. M. acerca de otra, de fecha 23 de Mayo, que mandaba S. A. apremiando sobre las negociaciones de la paz, declarándose partidaria de la alianza inglesa y enemiga de Francia, y exhalando quejas porque la parecia, y quizá en razon, que el Conde-Duque no era con ella tan considerado como debiera serlo, y ella tenia derecho á exigir.

En los negocios de Flandes, era muy oido por estos momentos D. Diego Mexía de Guzman, primo del Conde-Duque, á quien precisamente en este mismo mes y año, el día 27, se le concedia por S. M. el título de Marqués de Leganés, que tanto ilustró luego, así con su talento político como con su arrojo militar. Era el marqués hombre en *quien el Conde-Duque descargaba, cuando le tenia á su lado, una parte de los negocios públicos, y á quien fió muchos mandos militares (Cánovas)*. Principalmente entregó á su exclusivo cuidado la gestion de los negocios de Flandes, creando en el año de 1628 el *Consejo de Flandes y Borgoña*, compuesto de un presidente, tres consejeros y un secretario, y otros ministros inferiores, (*Nuñez de Castro; Sólo Madrid es córte*), y dando al marqués la Presidencia, sin que por eso dejara de pertenecer tambien á los de Estado y Guerra, y de ser general de la artillería. Era el marqués, además de lo político, hombre de instruccion, de aficiones artísticas y muy dado á las buenas pinturas, pues en su casa, *la vista y el entendimiento se deleitaba en ver tantas y tan buenas pinturas antiguas y modernas, tan estimadas de S. E. como alabadas de todos los que tienen voto en esta materia*, al decir de Carducho. Su pariente y maestro en estos negocios fué el viejo D. Agustín Mexía, que preopinaba en esta cuestion, haciendo de ponente en ella de la siguiente manera: (Leg. 2041. Est.)

Señor:

La señora infante doña Isabel, en dos cartas que ha escrito á V. M. en 23 del passado que van aquí, re-

fiere en una que el Embaxador de Saboya que residia en Francia hauia pasado allí y dádole á su Alteza muchos recaudos de parte de su amo y el Príncipe de Piemonte y de las Princesas, y pedídole haga oficios con V. M. en orden á admitir V. M. en su gracia al Duque.

En la otra dize su Alteza que el mismo Embaxador hauia dicho á Rubens que tenia en su mano el acomodamiento de Francia é Inglaterra, pero que tambien lo podia suspender por dos meses, porque el Duque le encargaua primero el acomodamiento de España con Inglaterra, aunque Ingleses entendian tratar juntamente las cosas de Alemania, ó á lo ménos las de Olanda, y su Alteza apunta que no puede dexar de dezir que será del servicio de V. M. gozar desta ocasion y tratar con los ingleses y olandeses, con los quales si se pudiese hazer la suspension de armas, ó sea tregua, allí como en las Indias Orientales, sin el punto de libres por el tiempo que V. M. juzgare combenir, y abriendo la ribera de Amberes, cree su Alteza que seria lo más combeniente; porque Ingleses, viendo que V. M. no se concierta con ellos, lo harán con Francia. Y advierte su Alteza que quando V. M. tenga algun concierto hecho con Francia (aunque no sabe si ellos le guardaran) parece á su Alteza que V. M. ha de ser siempre más puntual.

Hase visto con estas un capitulo de otra de mano propia de su Alteza, para que el Conde-Duque en que muestra sentimiento de lo que se le ha escrito en la materia de provisiones, y el poco crédito que se le da á su Alteza, á lo que escriue en razon desto, apuntando que los que dizen lo contrario, no tienen el conocimiento de lo de allí que seria menester, y que conviene embiarle la provision que á otros generales. Y habiéndose platicado sobre todo se votó como se sigue.

D. Agustín Mesía que en quanto á la carta de la Señora Infante para el Conde-Duque nádie le puede dar tan buena respuesta como el Conde-Duque, y nunca D. Agustín ha visto hechar la culpa á su Alteza destas cosas, sino dezirle lo que convenia en materia de las provisiones, y que estuviese á la defensiva, porque hazer otra cosa es imposible, supuesto que quando más se haze es tomar una plaza, y esto es como no hazer nada. Pero que seria bien aprovarle á su Alteza lo que dize diziéndole es muy conforme á lo que haze siempre, y V. M. la consuele y alabe lo que obra de manera que quede con satisfacion.

En quanto al demas despacho del Duque de Saboya quisiera que la Señora Infante estendiera más las negociaciones del Duque y que no trate de cosas de Inglaterra, ni de Olanda con este Embaxador, porque no se puede hazer confianza del, y que así vaya con mucho tiento y con toda seguridad, pues será justo que V. M. admita en su gracia al Duque haciendo él lo que debe.

En lo de la tregua de ninguna manera por mano del Duque se hable en ellas, y si conviniere hazerlas, que su Alteza lo verá y V. M. lo mandará sin intercesion del Duque ni de otro Principe.

Que al Cardenal de la Cueva le vea inclinado á que se trate de treguas, lo cual ha uisto hasta agora que resista y parece á D. Agustin que se le responda, trate desta materia y avise con el parecer de su Alteza.

En cuanto á lo que su Alteza dice que se hagan las pazes con ingleses y no con franceses, esto no tiene lugar, porque ya V. M. tiene tomado acuerdo con el Rey christianísimo y assi le parece que esto está bien dispuesto, y que por ningun camino se perturbe este acuerdo, sino ántes buscar medios por donde continuarlo más que vendrá esto á ser lo que el Marqués de Mirauel escriue de quan empeñado dize que está el Cardenal de Richelieu para que se haga esta guerra á los ingleses, y assi le parece que V. M. deue mandar que se hiziese mucho esfuerzo en aprestar la armada la mayor que se pudiere, porque para esta execucion y lo demas que se puede ofrecer combiene mucho que V. M. esté prehenido.

En lo que dize Rubens de aquel caullero inglés, no le parece que se pierde nada en admitir la propuesta, y que vaya con la negociacion adelante; pero con todo se remite en esto á lo que dirá el Marqués de la Hinojosa, como quien tambien sabrá lo que con vendrá.

Tambien votaron el Marqués de Montesclaros, don Fernando Giron, el Marqués de la Hinojosa, el Conde de Monterrey, el Conde de Lemos, D. Juan Velila, D. Diego Mesía y el Duque de Feria.

Cumplíase con toda cortesía con la Infanta, pero el Consejo de Estado no aprobaba su política, y al Conde-Duque no convenia manifestar aquí buenas disposiciones para los ingleses. Habia, pues, que buscar y hallar en seguida alguna cosa que estorbara ó entorpeciera estas gestiones que para la paz surgian en Flandes, y hacer inútiles, sin desecharles, los buenos oficios de Gerbiers. Bien pronto se ocurrió el medio al Conde-Duque. Sabíase por los despachos anteriores que Gerbiers habia dicho que no se entenderia en este negocio con otra persona más que con Rubens; de manera, que desechando á Rubens, separándole de toda mediacion en el asunto, el negocio diplomático habia de cesar, falto de una de las dos principales ruedas sobre que giraba. Y es en verdad peregrina la opinion del Conde-Duque al rechazar la introduccion en mate-

ria tan grave, de un hombre como Rubens, por ser pintor, y por lo tanto *hombre de pocas obligaciones, y que ha de traer descrédito á la monarquía de España*, que tal sea quien aunque no más que oficiosamente la represente en estas gestiones, yéndole á buscar embajadores y personajes de distincion. Bien es verdad que en el mismo despacho se contesta el Conde-Duque á esta observacion suya, reconociendo que no habia desdoro alguno para las otras partes contratantes en elegir á Rubens como mediador, y que estaban en su derecho al dirigirse á él; pero que á España no convenia tal mediador. Indudablemente las gestiones del Abad de Scaglia no podian llegar tan pronto como las de Rubens á un punto en el cual fuera forzoso precisar algo, y lo que el Conde-Duque queria era dar largas al asunto y no soltar prenda alguna; todo esto es lo que se desprende de este despacho: (Leg. 2235, f. 271. Est.)

Carta dirigida á la Infanta, fecha en Madrid á 15 de Junio de 1627.

He visto las cartas de V. A. de 23 de Mayo, y en quanto á la materia de provisiones, por lo que escriui al Marqués de los Balbases, entenderá V. A. lo que en esta materia se ofrece, y en lo que toca á las proposiciones del Abad de Scaglia, me ha parecido decir á V. A. que he sentido mucho que se halle introducido por ministro de materias tan grandes un pintor, cosa de tan gran descrédito, como se deja considerar para esta monarquía, pues es necesario que sea quiebra de reputacion que hombre de tan pocas obligaciones sea el ministro á quien ban á buscar los Embajadores para hazer proposiciones de tan gran consideracion; porque si bien á la parte que propone no se le puede quitar la eleccion del medio, porque se entra empeñando, y no es de inconveniente para Inglaterra que este medio sea Rubens, pero para acá es grandísimo, y así será bien que cerrando V. A. puerta á estas pláticas por este medio del Duque de Saboya se continen por el de Gerbiers, tanto en lo de Inglaterra, como en lo de Olanda, con las circunstancias y en la forma que se auisó á V. A. en el despacho antecedente, su data de primero deste. Y á lo que propone el dicho Abad de reducirse su amo á mi gracia, le podrá V. A. responder con muy buenas palabras, sin exceder de lo que en otras ocasiones se le ha respondido acá al Duque, que es, que juntándose en las cosas de Italia, y particularmente en las diferencias con Génova, le admitiré en mi gracia de muy buena voluntad, con los brazos abiertos, sin que pase adelante á ningun géne-

ro de proposicion que haga, assí á V. A., como á qualquiera otro ministro á quien el Abbad emprenda, tratándole con el tratamiento regular que se le debe, y procurando facilitar su buelta luego, por ser su estancia ahí perjudicial á mi servicio, y de gran descrédito, que quien ha obrado tan mal y es tan inferior, si quiera casi al mismo tiempo que está inquietando el mundo contra mí, hazerse árbitro y medianero de mis negocios y de los otros Príncipes de Europa; y así encargo de nuevo á V. A. procure, sin dezirle nada formalmente, que salga luego de ahí. Y tambien me ha parecido dezir á V. A. que el Embajador de Francia, aquí residente, el mismo día que se recibió el despacho de V. A., tocante á esta materia, dió cuenta al Conde-Duque cómo el de Saboya hauia escrito al Rey christianísimo que el de Inglaterra le hauia embiado á D. Gualtero Montagu, para que se interpusiese en acomodar las diferencias que hay entre el dicho Rey de Inglaterra y el chistianísimo; que él tenia poderes para todo, y así será bien que V. A. haga dezir al Abbad de Scaglia que yo he entendido que su persona no es bien affecta, sino antes sospechosa al Rey christianísimo, con lo qual no puedo, mientras me hallo con tanta amistad, hermandad y buena correspondencia con el dicho Rey, dejar de tenerle en la misma figura, y bolgarse que V. A. me vaya auisando de lo que en esto se fuere ofreciendo y se hiziere. Nuestro Señor, etc.

Ni la Infanta, ni Gerbiers, sobre todo, hicieron caso de la casual excusa del Conde-Duque, ni cerraron puertas á este conducto, ántes bien, sin dejar de tratar las cosas con el de Scaglia, Rubens se empezó á entender con aquel, llegando á ser el alma del asunto, ya con su prudencia para con los contrarios, ya con su paciencia y beatifica resignacion para los del Consejo de Flandes en Madrid, que tales excusas, en su desdoro, hacian firmar al Conde-Duque. Es muy de creer, sin embargo, que no llegara á noticia de Rubens, en estos momentos, la opinion que de él formaron en Madrid, porque no se enfria en sus buenos oficios ni exhala aún queja alguna.

Para conocer el curso del asunto, conviene conocer la carta que desde Bruselas escribe al Presidente del Consejo de Flandes, marqués de Leganés, que allí acababa de llegar; muy principalmente para encauzar las gestiones apénas entabladas, que todas y todo lo que de política en Flandes se hacia, habia sido aplazado y remitido para la llegada del marqués.

Carta del Marqués de Leganés al Conde, fecha en Bruselas
á 18 de Setiembre de 1627.

Segun lo que me escriue el Marqués de Mirabel, crece cada día el desconsuelo y la desconfianza en Francia, aunque están en mejor estado, pues han socorrido el fuerte, segun dizen, con que podrán durar mas; pero es ya largo tiempo el que está allí el inglés, y estamos al fin del verano, y podrian tomar tal resolucion, que no llegue á sazón nuestra Armada para nada, y sea con riesgo de algun temporal por estas mares, y el nuevo cardenal de Berul diz que está desanimado de todo punto, y es cierto que si les damos esta ocasion que ellos la justificarán para cualquiera mudanza y resolucion que tomen, y assi tendríamos mas que pensar para lo que se ha de obrar el año que viene, y S. A. y el Marqués están en su opinion de no creer nada en franceses, ni les parece que han de tener firmeza por mas que los empeñemos; pero en quanto al socorro que se ha ofrecido, sienten que se tarde tanto en cumplirle, por esto tan forzoso y de tanta obligacion y reputacion, y en lo que se ha de hazer el año que viene en la empresa de Inglaterra, discurre largamente el Marqués, y le parece que será para ello la mejor ocasion que se pueda ofrecer, pues hallándose el Emperador y las cosas de Alemania en tan buen estado, se pudiera apretar en que arrime aquella gente á la parte de Pisa y Endem para el intento que se tiene de diuertir y dar en que entender allá á Holandeses, y valernos de la gente de aquí para la armada, escogiendo la mejor y demas seruicio. Y segun le veo brioso y desseoso de que se tome nueva resolucion en esta jornada, juzgo que si su magestad le mandase que se encargase della, que no se escusaria, sino que lo ajetaria con gallardía y con firme esperanza del buen suceso, porque está muy en cuenta de la forma y ynformado de lo que es menester; y para franceses no abria cosa que mas los adelantase, porque es increyble lo que le quieren, y el nombre que tiene entre ellos, y lo que particularmente le alaba el Cardenal de Richelieu, y me ha parecido apuntarlo á V. E. por si lo tubiese por á proposito para tratarlo y disponerle con tiempo, asegurándose V. E. de que el Marqués le obedezera en quanto le mandare con mucho gusto y respeto, sin mirar á incomodidad ni trauajo suyo, y seria azertado comenzar desde luego con el rrecato que conviene á solicitar lo de Pisa y ajustar lo de la mar.

En la materia que trata Rubens verá V. E. por las copias de cartas que van con esta, lo que le escriuió su correspondiente, y él rrespondió con comunicacion nuestra, y lo que ofrecen en la de Inglaterra y Olandeses es mucho. Y como V. E. es de opinion que se ha de oír y no soltar de la mano las negociaciones aunque se esté con la espada en la otra, se mantiene y se mantendrá la plática con este cuidado y sin empeñarnos en nada.

En lo que toca á la gente para el Mar Báltico, está pronta, esperando aviso de que aya baxeles de aquella Armada donde embarcarse, y luego que se tenga caminará la gente, y ha muchos dias que esto se ha deseado executar aquí y se dessea. Dios guarde, etc.

Esta carta se ve que es respuesta al despacho del Conde-Duque á la Infanta en primero de Mayo de 1627. Con la residencia del marqués de Leganés en Bélgica, faltan despachos que indiquen cuáles fuesen los pasos que el negocio anduvo, y cuáles las conferencias de Leganés y Rubens; pero lo que sí se ve claramente es que el marqués no opinaba sobre Rubens en Bruselas como opinaba en Madrid, y que se convenció de que hasta algo de ridículo habia en lo del desdoro que á esta monarquía se seguiria de tratar asuntos políticos por conducto de un hombre como Rubens, pues Rubens sigue gestionando, y nada que no le sea grato se le dice. Y en prueba de que Rubens no cesaba, hay una carta de Gerbiers á él dirigida, curiosa en extremo, así por su estilo, como porque da á conocer cómo prosiguen sus buenos oficios los dos amigos, sin pararse por tanta reticencia y dificultad.

Copia de carta de Gerbiers á Rubens, fechada en la Haya á 6 de Setiembre de 1627.

Monsieur: Yo os he escrito de estar con resolucion de embarcarme para Ingalaterra, pero haviendo sabido la partida de Paris del Señor Don Diego Messia, y esperando de tener presto luz de lo que siempre se ha remitido á su llegada como aueis asegurado por vuestras cartas, y tambien con el viaje que espresamente hizistes á Holanda con todo rezelo por los auisos de otras partes y la tibieza de vuestras cartas que no reciuiremos el contentamiento que deseamos, es menester que os descubra del todo mi corazon, como á quien tengo por mi verdadero amigo, y es que mi amo se hallará con gran escuerno (*sic*) si por lo menos no lleno algun testimonio por escrito de la buena intencion de S. A. y del señor Marqués, por el cual se pueda conocer que este negocio no solamente ha sido colusion entre los dos, sino que S. A. y S. E. le han abraçado con veras y hecho los deueres conuenientes para conduzirla á efecto, sin lo qual se burlarán de mi como los ministros de Francia y Venecia lo empiezan á hazer ya, echando barillas á Monsieur Carleton, á nuestro gran pesar; yo os conjuro no permitir que me hagan incapaz en lo por venir de ser empleado en materia tal por solo un pliego de papel que deura ser respuesta tal que pareciere á S. A. sobre el

escrito que os embié de orden y auiso del Rey de la Gran Bretaña, su Consejo y el señor Duque, mi amo, su fecha en tres de Marzo último; aseguroos tambien que sin esto vuestro crédito y reputacion, sobre el qual nos hauemos embarcado, será grandemente interesada y disminuida con nosotros, la qual todavia se halla en tal grado y consideracion, que si vos mismo no la debilitais podrá ser instrumento de grandes efectos en otras ocasiones; pero combiene tambien que os ruegue representeis á vuestros amos conseruen la mia, no mereziendo mi buena intencion y mi zelo al bien público y á mi entender al de ambas coronas, aunque se entienda diferentemente en España de ser arruynado por hauer procurado de bien hazer. No combiene jamás desesperar en materia de estado; el primer golpe está sujeta á diuersas mudanzas; la Francia quiza no dependerá siempre del capricho de un cardenal, como en otra parte las pasiones de algunos que traen impedimentos á este acomodamiento, podrán mudarse por los cuentos contrarios á sus disignios. No estamos tan embarcados como pensais, y si supiédesed el verdadero fundamento de tal guerra no la estimariades, que una máscara fiera y espantable que se puede quitar siempre que se quisiere no desseando los franceses otra cosa en este mundo que acomodarse con los ingleses, empleando todos sus medios y fuerzas para alcanzarlo. Yo os he dicho mil vezes que la Francia se burlará de los españoles, y abusando de su simplicidad no dejará de asistir como lo haze al presente á los holandeses contra su Rey. Somos de parezer acá, que por todos cuentos y infinitas consideraciones, es conueniente de conseruar en pié este tratado que tan dichosamente hauemos empezado, aunque no fuese sino en apariencia, lo qual os suplico representeis viuamente á vuestros amos, quedando siempre á su arbitrio el retirarse cuando bien les pareciere. No puede ser sino una cosa de mucha onrra á S. A. de hazer conocer al mundo su buena inclinacion para poner fin á las miserias de Europa; esto es perteneciende y degente á su calidad y al buen conçeto que se tiene della en todo el mundo. Tambien su constancia requiere no abandonar un tan grande negocio, el qual hallándose cortado una vez no se podrá boluer á entablar jamás, porque los que agora lo aprietan mas serán forçados á tomar partidos del todo contrarios á sus primeros designios, lo qual remitido á la consideracion y prudencia de la Serenisima Infanta y del Marqués, que por la esperiencia que tienen de lo pasado y conoçimiento del estado presente del mundo, podrán fácilmente comprender el verdadero sentido de mis palabras; y no teniendo otra cosa, etc.

A estas razones y consideraciones de Gerbiers muy acertadas, contestaba Rubens en 16 de Setiembre desde Bruselas, de esta manera: (Leg. 2517, n. 2. Est.)

Monsieur: Vuestra carta ha sido vista y tomada de buena parte, pero tocante á la respuesta que desseaís sobre vuestro escrito de once de Marzo último, no se halla que pueda servir al adelantamiento de la materia, porque la venida del señor Don Diego Messia nos ha dado luz del concierto de los Reyes de España y Francia para la defensa de sus Reinos; sin embargo, la Serenísima Infanta no muda de opinion; antes es de parecer de continuar los mismos buenos oficios para el efecto de sus buenas intenciones, no deseando S. A. en este mundo cosa mas que el reposo del Rey, su sobrino, y una buena paz para el bien público. Tambien el señor Marqués pondrá de su parte toda asistencia y el deuer que podrá para el suceso de una tan buena obra, si el señor Duque vuestro amo hiziere lo mismo de su parte, él mantendrá nuestra correspondencia en vigor, y se darán recíprocamente los avisos necesarios á las ocasiones que se ofrezcan; sobre que aguardando nuevas vuestras, me encomiendo de buen corazon á vuestra buena gracia, etc., etc.

Aquí comienza ya á dibujarse con precision y detalles la figura diplomática de Rubens, llena de circunspeccion, prudencia y celo.

Esta carta, tanto por su texto quanto por estar en español, debió ser escrita indudablemente por la Cancillería de S. A. la Infanta, y copiada, ó mejor aún, firmada por Rubens. En la carta de Leganés se dice que esta carta es *con comunicacion nuestra*, prueba de mi sospecha.

El marqués citado es el de los Balbases, y el duque es el de Buckingham. Aquel, con más confianza en Rubens que el Conde-Duque, y más deseoso de la paz, anima á Rubens en sus gestiones, entabla con él correspondencia desde Bruselas, y recibe cartas del pintor flamenco que éste escribe en italiano. Hé aquí una en que se demuestra cómo cobraron mayor fuerza las gestiones:

Copia de otra carta de Pedro Pablo Rubens al Marqués de los Balbases, fechada en Amberes á 17 de Diciembre de 1627 (1).

Excmo. Signor:

Me sono venute literé hoggi per un espreso che ha ordine daspetar la risposta del signor Gerbier e del

(1) Excmo. Señor: Hoy he recibido por un propio que trae orden de esperar la respuesta, cartas del Sr. Gerbiers y del Sr. Abate Scaglia, cuya carta incluyo, y no la de Gerbiers, por estar escrita en flamenco. Su contenido es igual á su intencion, y ésta que quieren se reanude el trato con España, por estar los ingleses muy picados por su mal éxito contra los franceses, y tanto, que harán cualquier cosa por poder volver á

signor Abate Scaglia, la cui litera va qui inclusa; ma quella de Gerbier ho ritenuto per esser escrita in lingua Fiamenga. Il contenuto è simile è la lor intencione è questa che verebono. Si riseunesse il trato con Spagna sendo gli Inglesi tanto picchate per gli lor mall sucesi contra gil francesi che fabebono ogni cosa per poter aber agio repigliar quella guerra senza l'ostacolo de Spagnoli: non ho potuto manchar di darve parte à V. E., ben che me imagino che le potra dar sinon qualche risposta di poco sostanza, che prego V. E. sia servita de farmi sapere quanto prima, tratenendosi il spreso fra tanto in questa cita, por ripostar la Aggiunge po il Gerbier una scusa del mal suceso dil su Ducca, il quale è in piu fervente gracia appreso quel Re, che non fue giamai per il pasato, ma sara meglio riferire gli medesimi termini ch'usa il Gerbier non essa strano o novo che gli appassionati o ignoranti qui dichino dalecento solo delli impresi gran di ma gli prudenti che sanno a quanti incidenti sia soggieta la guerra, si fondano sempre nella ragione d'esser stata usata da gran capitani la retirada per repigliar la medesima impresa con piu vigore et avantaggio, è esser la verita notoria à tutti che il socorro de Inghilterra è stato detenuto per venti contrari, che e stata la sola causa del mal suceso por che non restanano al Ducca piu de tre mille fanti è cinquanta canalli che parendogli poco contra sete mille fanti è ducento caballi del Marichal de Schomburg. E per cio si risolsse à ritirarse al miglior ordine del mondo escaramuciando, piu tosto per onore che per necesita per se, circa ducento cinquanta huonimi, al piu, imbarcandosi fra tanto gli altri senza disor dine et il Ducca l'ultimo di tutti, adesso si fano gli preparationi necesari molto maggior con ogni diligenza per renouar l'impresa con piu animo è forte che por il pasato. Così parla il Gervier in

aquella guerra sin obstáculo de españoles. No puedo dejar de dar parte à V. E., aunque bien me imagino que no le podrá dar sino una respuesta de poca sustancia, que ruego à V. E. se sirva hacerme saber quanto ántes, esperando entre tanto aquí el propio para contestar. Añade el Gerbiers excusas del mal suceso de su Duque, el cual se halla en la gracia más ferviente de su Rey, y tanto como nunca lo estuvo hasta aquí; pero será mejor referirle en los mismos términos que usa el Gerbiers. «No es extraño ni nuevo que los apasionados ó ignorantes digan mil cosas de las grandes empresas; pero los prudentes que saben á cuánto incidente se halla la guerra sujeta, se fundan siempre en la razon de haber sido ardid usado siempre por los grandes capitanes el retirarse para volver luego á la misma empresa con mayor vigor y mejores ventajas, y ser verdad notoria para todo el mundo que Inghilterra se ha detenido por serle los vientos contrarios, unica razon de su mal éxito, porque no quedaban al Duque más que tres mil infantes y cinquenta caballos, que le parecieron poco contra siete mil infantes y doscientos caballos del Mariscal de Schomburg; y por esto resolvió retirarse con el mejor órden del mundo, escaramuzando, más por honor que por necesidad suya, doscientos cinquenta hombres, á lo más, embarcándose entre tanto los otros sin desórden, y el Duque el último de todos. Ahora se hacen los preparativos necesarios y mucho mayores que ántes, con gran diligencia, para renouar la empresa con más coraje y fuerza que ántes.» Así se expresa Gerbiers en favor de su Señor; y no habiendo otra cosa, me recomiendo humildemente á la buena gracia de V. E., y con la debida reverencia le beso las manos.—PEDRO PABLO RUBENS.

fauor del suo padrone; è non hauendo altro me racomando humilissimo ne la buona gracia de V. E. è colla devuta Riueranza le bacio le mani.—PIETRO PAOLO RUBENS.

Así quedaban las cosas al terminar el año de 1627. Lo que luego fueron adelantando, se verá en el capítulo siguiente, que del año de 28 trata.

G. CRUZADA VILLAAMIL.

EL MOVIMIENTO FILOSÓFICO.

EL PRINCIPIO VITAL, SEGUN M. BOUILLIER.

Cuando se pregunta á un naturalista qué es la vida, contesta generalmente que no sabe nada y que todo lo que de ella conoce son sus propiedades. El metafísico tiene la pretension de ir más léjos y de resolver el problema. Desde los primeros ensayos de los médicos y de los filósofos griegos hasta nuestros dias, la cuestion ha estado constantemente planteada y se ha discutido segun los conocimientos positivos de cada época. Unicamente quizá la escuela ecléctica, en Francia, indiferente, si no hostil por sistema, á los descubrimientos científicos, se habia desligado de este problema. Encerrada su psicología en un círculo estrecho de abstracciones, cada vez más extrañas á toda realidad, nunca se ha preocupado de lo que es la vida; y «si alguna vez la ha mencionado, ha sido para ponerla aparte como una cosa extraña, con la cual nada tiene que ver la psicología. Aun en nuestros dias hay psicólogos (Jouffroy) que han llegado hasta decir que la vida, nuestra propia vida, era tan extraña á nuestra conciencia como la vida de un perro ó la de un pez (1)». Así es que, cuando M. Bouillier publicó en 1862 la primera edicion de su *Principe vital*, este libro fué considerado en su escuela como una novedad, y hasta como un atrevimiento, y por ello fué objeto de muchas críticas y ataques, que refiere en la segunda edicion que acaba de dar á luz. Esos ataques eran generalmente de filósofos espiritualistas, médicos vitalistas y hasta teólogos, que pretendian que la fe estaba interesada en esa cuestion. Despues, la ola siempre creciente de las ciencias naturales, ha penetrado hasta la psicología espiritualista; pero si ésta no se asusta ya de la cuestion de la vida, puede decirse que á ello han contribuido en gran parte los razonamientos de M. Bouillier.

Su obra contiene dos partes, consagradas, una á la historia, otra á la doctrina.

(1) Bouillier. *Du principe vital et de l'ame pensante*, pág. 2.—Paris 1873, segunda edicion.

La exposicion histórica que forma más de la mitad del libro, es quizá el trabajo más completo que existe sobre esta cuestion. Es una revista de todas las hipótesis formadas sobre el problema de la vida desde Hipócrates hasta la época actual. Todo lo que se podría criticar á M. Bouillier, seria el ser demasiado sumario sobre los fisiólogos contemporáneos; pero no seria una censura completamente justa, porque en general, en su exposicion dogmática, se asimila sus trabajos ó los combate.

Su doctrina es el animismo puro. M. Bouillier asegura que la vida no ha podido todavía ser explicada por las fuerzas físicas y químicas, y cree que tiene su causa en una fuerza, que es el alma. Al contrario que sus maestros, atribuye, pues, al alma dos órdenes de funciones, las conscientes ó psicológicas, y las inconscientes ó fisiológicas; en otros términos, el alma, al mismo tiempo que piensa y siente, produce y regula sin duda alguna la digestion, la circulacion, la respiracion, y, en una palabra, todos los actos vitales.

Tal es la doctrina sostenida por M. Bouillier sobre el misterioso problema de la vida. Pero ¿lo ha resuelto?

Todos los metafísicos que han tratado esta cuestion han tenido el defecto de plantearla en su forma más compleja, la más difícil para tomarla, por decirlo, así en conjunto. El método exige que se camine, siempre y en todo, de lo simple á lo compuesto. ¿No es más conforme á la lógica, ántes de preguntarse lo que es la vida, averiguar lo que es cada fenómeno vital, cada funcion vital en particular? La palabra *vida*, como todos los términos muy generales y muy abstractos, no significa nada por sí, ni vale más que en tanto cuanto puede ser relacionada á los resultados de los experimentos y á los conocimientos positivos. Estos son claros, precisos, científicamente establecidos, y la nocion general que los resume representa un conocimiento real. Pero si están llenos de oscuridad y de incertidumbre—y nos hallamos en este caso respecto de la vida,—toda doctrina general no hará más que perpetuar una ilusion, inclinándonos á creer que podemos conocer bajo una forma clara en general lo que sólo conocemos bajo una forma confusa en particular. Los fisiólogos, cualesquiera que hayan sido sus defectos, han tenido el mérito de ver que la solucion general, si es posible, no puede ser más que el resultado de gran número de soluciones particulares. La historia de su ciencia nos enseña, sin embargo, que no han llegado á comprender la vida al primer golpe de vista por el análisis de los fenómenos vitales; pues al contrario, mientras las manifestaciones vitales no han sido suficientemente aisladas las unas de las otras, han considerado la vida como el resultado de una fuerza única. Pero un análisis más profundo de las funciones de la nutricion, de la reproduccion, del desarrollo, de la sensibilidad y del movimiento, fué

demostrando despues que cada una de esas funciones es la resultante de fuerzas numerosas y complejas.

Imposible seria dar aquí una idea de este método y clasificar la cantidad enorme de cuestiones subordinadas que se necesitaria resolver ántes de plantear la cuestion suprema ¿qué es la vida? Bástanos hacer observar por medio del exámen de algunos puntos, cuán larga, laboriosa y erizada de dificultades seria la marcha progresiva de lo sencillo á lo complejo.

Empezando por los séres vivos más simples, vegetales ó animales, se observa en primer lugar que lo que les distingue de los cuerpos inorgánicos es cierta constitucion que les es propia, y que se llama el estado de organizacion. ¿En qué consiste este estado? No es posible actualmente ninguna respuesta clara. Sólo sabemos que la materia organizada la caracterizan modos particulares de combinacion química, que la hacen muy instable y facilitan así la renovacion molecular incesante que constituye la asimilacion y la desasimilacion. Esta manera de ser es tan propia á todo lo que vive, que la química hace cincuenta años trazaba todavia una línea de demarcacion absoluta entre los cuerpos organizados y los cuerpos brutos. Afirmábase que era absolutamente necesario un principio vital para producir combinaciones orgánicas. Despues, la sintesis química ha probado lo contrario, y ha creado la urea, los azúcares, alcoholes, éteres y grasas. Y en verdad que, como hace observar M. Bouillier (pág. 41), «estos compuestos, salidos de las manos del químico, aunque semejantes materialmente á ciertos productos de la vida, carecerán siempre de las cualidades de los cuerpos vivos, de la facultad de desarrollarse y reproducirse; y la sintesis química no ha fabricado todavia ni una célula viviente». Sin embargo, no se puede negar que cada conquista de la química va reduciendo el dominio del principio vital; y éste se bate en retirada poco á poco, no sirviendo para explicar qué es lo que la química no puede hacer; de suerte que su situacion se hace cada vez más precaria, y su carácter de hipótesis provisional aparece más y más tangible. Sin insistir por el momento en este punto, veamos la cuestion que se presenta ante nosotros: tratase de saber cómo una cierta constitucion química, unida á cierta estructura, puede implicar propiedades vitales. Pero este problema es, áun actualmente, objeto de los debates más ardientes. Miéntas que Haeckel cree explicarlo todo por sus *moneras*, especie de materia orgánica no organizada; miéntas que Harting admite cuerpos intermedios entre lo inorgánico y lo organizado, otros rechazan absolutamente estos trabajos y estas conclusiones. Nos encontramos, pues, desde el principio, en frente de la mayor dificultad; sólo consideramos la vida en las condiciones más elementales, y sin embargo nos encontramos detenidos *in limine*.

Este estado de organizacion, que, por el equilibrio instable de sus elementos constituyentes, se apropia

esencialmente á todo cambio, á toda alteracion, á toda renovacion molecular en general, es la condicion necesaria de esa funcion vital que se llama la nutricion. Esta propiedad vital es la más general de todas; las demas, sin excepcion, la suponen; es decir, que ella es su condicion de existencia, miéntas que las únicas condiciones necesarias á su manifestacion son condiciones físicas y químicas. Cuando ella cesa, todas las demas propiedades vitales desaparecen igualmente. Hay, pues, que insistir mucho en el hecho de que los fenómenos del desarrollo y de la reproduccion varian incesantemente si la nutricion varia, y que la contraccion muscular, y hasta la sensibilidad, están sometidas á la nutricion; porque los que plantean el problema de la vida bajo una forma general están predisuestos á olvidar la importancia de esta funcion. Y si se quiere la prueba, es bien fácil darla. Casi todos los que han estudiado metafísicamente el principio de la vida, no han pensado, á lo que parece, más que en los animales, sobre todo en los animales superiores, y especialmente en el hombre. No hemos visto que M. Bouillier hable jamás de los vegetales. El problema de la vida debe, por lo tanto, comprender en sus términos los fenómenos de la vida vegetal (nutricion, evolucion, generacion), lo mismo que los fenómenos de la vida animal; tanto más, cuanto que ésta, aunque muy superior á la primera, está en definitiva ingerta en ella (1). Puédesse decir que explicar la vida vegetal seria explicar la mayor parte del problema planteado, si no su totalidad. Pero el método que consiste en tratar de averiguar en conjunto lo que es la vida, debia conducir fatalmente á olvidar algunos de los elementos de la cuestion, ó á no tratarlos segun su importancia relativa.

Si ahora buscamos lo que se puede decir de positivo sobre la nutricion, encontraremos que no puede darse la explicacion general, sino despues de establecer de antemano una multitud de explicaciones secundarias; ó en otros términos, no podemos tener de la nutricion una nocion clara hasta saber lo que la hace posible y lo que resulta de ella; en suma, el mecanismo de la asimilacion y de la desasimilacion. Supongamos resueltas estas dificultades—que están bien léjos de ello,—y nos encontramos en frente de otro enigma: el desarrollo y la reproduccion de los séres vivos. La embriología es de fundacion demasiado reciente para poder responder á nuestras preguntas. Y sin embargo, necesitaríamos conocer con exactitud lo que el meca-

(1) Para comprender cómo la vida animal parece añadida á la vegetal, haremos una sencilla observacion. La fibra muscular y el elemento nervioso existen algun tiempo sin tener la propiedad que les es propia; se nutren y se desarrollan ántes de poder verificar su contraccion la una, y obrar como elemento nervioso el otro; en una palabra, deben recorrer un período puramente vegetal ántes de llegar al período animal. Del mismo modo, en ciertas condiciones morbosas, el elemento muscular y el elemento nervioso pueden perder cada uno su propiedad característica, sin que el elemento cese de nutrirse, desarrollarse y hasta reproducirse.

nismo de las leyes físicas y químicas no puede explicar, para conocer al mismo tiempo de una manera exacta y completa lo que reclama una causa particular, distinta; en suma, un principio de la vida.

Se ve que nuestra marcha de lo sencillo á lo complejo no hace más que añadir dificultades á dificultades á medida que avanza. ¡Y todavía no hemos salido de la vida vegetal! Si todas estas cuestiones estuvieran resueltas, bastarían sólo á explicarnos cómo vive una planta; y excusado es demostrar que, al abordar el estudio de la vida animal, nos encontraríamos en frente de nuevos problemas. De las dos propiedades que la caracterizan, una de ellas, la contractibilidad muscular, no es bien conocida; y la otra, la inervación, lo es apenas, aun dejando á un lado todo lo que es psicológico para limitarse estrictamente al estudio material.

Por esta rápida revista se puede comprender la inmensa serie de cuestiones que se necesitaría plantear y resolver ántes de preguntarse finalmente qué es la vida. Sin esto, se corre el riesgo de ser engañado por una sencillez aparente en un problema muy complejo. Y si á este propósito se trata de aproximar los metafísicos á los fisiólogos, se verá que los primeros, procediendo en general, ven, ante todo, en la vida su unidad; y los segundos, procediendo en detalle, ven, sobre todo, la multiplicidad. Los fisiólogos, por contestables que puedan ser sus inducciones, tienen la ventaja de apoyarse en las experiencias. No nos presentan á la vista el espíritu, pero nos demuestran cómo vive cada órgano, en cada órgano cada tejido, y en cada tejido cada elemento anatómico. Enseñan que cada célula tiene su vida propia, de ningún modo imaginaria, que se nutre, transforma sus materiales y se reproduce. Del mismo modo, la multiplicidad en la muerte, es para ellos una prueba de la multiplicidad en la vida. Así, mientras M. Bouillier, para establecer la unidad del principio vital, nos dice (página 59): «¿Dónde está la diferencia entre el cadáver recientemente abandonado por la vida y el animal vivo? Nada ha cambiado en la materia en sí misma, ni en las circunstancias exteriores; sin embargo, la vida ha desaparecido. La vida es, pues, otra cosa distinta de esos órganos que están todavía intactos, y sin embargo no funcionan ya...»;—el fisiólogo responde que los cambios que no ven nuestros ojos, los señalan el microscopio y los reactivos químicos; que lo que ha cambiado no es el medio *exterior* del sér vivo, sino su medio *interior*; y que, más que una muerte, hay varias muertes. Así, en el envenenamiento por el óxido de carbono, no hay, en primer lugar, más que un sólo elemento herido, los glóbulos rojos de la sangre; pero los músculos permanecen contractibles, los nervios excitables; el estómago continúa digiriendo, las glándulas verificando su secreción, etc.

Sin duda estas razones, que son hechos bien obser-

vados, no resuelven definitivamente la cuestión; porque los vitalistas, cuando demuestran la unidad de la vida, toman su revancha (1). Y es que, en efecto, toda explicación mecánica ha sido insuficiente en este punto. El fisiólogo ha podido analizar las funciones de la nutrición, de la generación, del desarrollo, etc.; pero nunca ha podido explicar la síntesis. Sobre este punto se atiene á su ignorancia, se reserva el porvenir, cree «que las manifestaciones tan complejas de los organismos pueden ser reducidas, por el análisis, á cierto número de hechos elementales que concuerdan perfectamente con las leyes de la física»; y añade «que esta opinión se ha comprobado cada vez que ha sido posible realizar un progreso cualquiera en las investigaciones fisiológicas, y que, siguiendo una regla general á todas las ciencias, esta opinión debe ser la tendencia de todas las investigaciones ulteriores» (2).

La desgracia de la hipótesis vitalista consiste en que vive ménos por su propia fuerza que por la debilidad de sus adversarios. Esa hipótesis demuestra muy bien que, hasta aquí, sus adversarios no han podido explicarlo todo; pero, para adquirir una posición más sólida, debería demostrar que nunca podían explicarlo todo. Si se la estrecha más, se puede decir que esta hipótesis no tiene el derecho de imponerse como no sea con una de estas dos condiciones: demostrar que toda otra hipótesis es imposible, ó explicar bien todos los hechos dados. Ya hemos visto que son posibles otras hipótesis; veamos si ésta explica todos los datos conocidos.

Otro de sus argumentos más sólidos es que se necesita un principio único para explicar la unidad de la vida. M. Bouillier, que define el principio vital «una fuerza única, indivisible, inmaterial, motriz y formadora», no ignora, sin embargo, las graves objeciones presentadas por los fisiólogos, que se fundan en la divisibilidad de los planarios, las lombrices, etc.; y procura salir del apuro de una manera bastante ingeniosa y hábil: «Este animal, dice, que se corta en trozos, y cada pedazo es un animal de la misma especie, ¿es realmente un solo animal? ¿No es más bien un agregado, un grupo de animales de la misma naturaleza, ligados los unos á los otros de tal manera que la divisibilidad aparente que se nos opone no sería otra cosa que una desgregación de esos pequeños seres, provisionalmente asociados en conjunto, y de ninguna manera la divisibilidad de la fuerza vital de un animal único?» Parécenos que aquí M. Bouillier esquivo en parte la dificultad, y que, sin embargo, en este punto, capital para su tesis, no podría insistir demasiado. En primer lugar, no alega más que una posibilidad; pero sin insistir, tomemos otro caso. La rana es sin disputa un sér que tiene su unidad lo mismo que un mamí-

(1) Véase Bouillier, cap. iv.

(2) Wundt, *Traité de physiologie*.

fero, igual que un hombre, aunque en grado inferior; hay, pues, en ella un principio único é indivisible. Sin embargo, los experimentos han demostrado que si se corta la cola de una larva de rana, esta parte continúa desarrollándose como si no se hubiera separado del tronco. ¿Qué explicacion se puede dar de este hecho y de otros análogos en la hipótesis vitalista? La rana no puede ser considerada como un conjunto de animales distintos, ni puede invocarse su naturaleza inferior como en los pólipos. Además, cada célula vive (no se puede negar), y es forzoso admitir en ella un principio único é indivisible. El sér, tomado en su totalidad, vive; luego hay que admitir en él otro principio único é indivisible. Es decir, que así habria en el mismo sér varias unidades y una unidad, lo cual parece bastante oscuro. Y por tanto es preciso que el vitalismo admita esta tesis: ó que niegue la vida á cada elemento anatómico, lo cual no es posible, ó que no vea en la vida total más que una resultante, una armonía, lo cual seria para esta doctrina negarse á sí misma.

Imposible seria extendernos aquí sobre los hechos que se han alegado contra la hipótesis de un principio único. Pero lo que constituye todavía la fuerza de esta doctrina es la persistencia del tipo en el animal. Hay una forma constante que permanece durante toda la vida en medio del trabajo de composicion y descomposicion de los órganos. Es difícil concebir esta tendencia hácia una forma típica sin una causa directa, sin alguna cosa «que domine, que regule, que coordine, que contenga, como en un cuadro determinado, todo ese movimiento de moléculas; algo que sujete á las mismas relaciones, á combinaciones siempre iguales, esa ola de la materia que va y viene» (1). Estas razones son fuertes. Sin embargo, la escuela adversaria, sin contestar categóricamente, o pone que la cristalización en el mundo inorgánico es un hecho casi tan misterioso; no solamente sucede que tal disolucion salina determinada se cristaliza siempre de la misma manera, sino que en el caso de destruccion accidental, tiende á volver á tomar su forma característica. Así, «cuando un cristal experimenta en una de sus aristas ó en uno de sus ángulos una pérdida de sustancia poco considerable, vuelve á tomar su forma primitiva á expensas de las disoluciones salinas idénticas en las cuales se le sumerge; y la parte perdida se reemplaza.»

¿Cuándo aparece este principio director? ¿En qué época? En la generacion, ¿vive del elemento macho, del elemento hembra, ó es un compuesto de los dos? Estas son cuestiones no resueltas que sirven de empuje al que quiere mirar tan de cerca. ¿De dónde proceden también las desviaciones del tipo, esas monstruosidades que son como el *mentis* de una fuerza directo-

ra? Los hechos de monstruosidad doble, sobre todo, parecen en contradiccion formal con la unidad del principio vital. En contra de la hipótesis de Geoffroy Saint-Hilaire, que creia que los monstruos dobles resultan de la fusion de dos individuos en uno, se admite generalmente hoy que son el producto de la segmentacion de un óvulo único. Asistiríamos así á una experiencia hecha por la naturaleza, y en la cual, hasta en el hombre, el producto de la segmentacion de un sér produciria dos seres en uno. Importa poco que esta segmentacion se verifique en la época embrionaria, pues que, según la teoría vitalista, la unidad existe desde entónces, lo cual basta á motivar nuestra objecion.

La hipótesis mecánica tiene la ventaja de explicar estos hechos. La embriología, aunque apenas ha hecho más que empezar, ha intentado hacer ver cómo en el desarrollo de los seres vivos la realizacion de un tipo no se verifica sino oscilando entre la muerte y la monstruosidad. En otros términos, el óvulo fecundado recorre una serie de modificaciones y transformaciones, en las cuales el estado anterior determina necesariamente el que sigue, éste determina otro, y así sucesivamente; de suerte que á cada etapa de su evolucion embrionaria el tipo se halla en peligro. Si sus condiciones de existencia se encuentran, llega á realizarse; pero si faltan en parte hay una desviacion, una monstruosidad; y si faltan por completo se verifica la muerte.

En resúmen, las afirmaciones contrarias y las objeciones se cruzan, sin que en rigor se pueda decidir entre ellas. Parece, pues, que la hipótesis vitalista pierde terreno porque está ligada á una gran dificultad: supone una fuerza aislada é independiente de todo *substratum* material. Ahora bien, en el mundo inorgánico no encontramos nunca fuerza sin materia ni materia sin fuerza, y el vitalismo no puede establecer que la materia organizada sea una excepcion de esta ley. Es verdad que M. Bouillier procura salvar la dificultad por medio de la solucion que le es propia, y esto nos lleva á la parte psicológica de su obra, acerca de la cual sólo diremos algunas palabras.

El principio uno é indivisible de la vida, según M. Bouillier, no debe buscarse en los fenómenos sensibles, materiales; es idéntico al alma, es el alma misma que, en su esencia, no es sensibilidad, ni voluntad, ni inteligencia, sino fuerza. Esta solucion absolutamente espiritualista, ha sido por lo tanto atacada por la misma escuela á que pertenece M. Bouillier. Se le ha censurado «por rechazar la doctrina del dualismo del alma y de la vida.» Sus adversarios, discípulos fieles de Jouffroy, han razonado como sigue: llamo alma al principio que en mí tiene conciencia de sí mismo; todo lo que está fuera de la conciencia es fisiológico. Resulta que, siendo inconscientes las acciones vitales, como la digestion, la circulacion, la

(1) Bouillier, pág. 59.

nutricion y el desarrollo, excepto en ciertos casos patológicos, el alma no tiene nada que ver con ellas y es contradictorio atribuírselas. Pero si, como M. Bouillier, se define el alma por la actividad, si se la considera como esencialmente agente y accidentalmente consciente, es lógico sostener que produce la vida lo mismo que el pensamiento, supuesto que sólo por ella se producen todas las acciones.

Aquí encontramos un caso particular de antagonismo entre estas dos tendencias que dividen el espiritualismo frances, y una de las cuales prevalece al parecer sobre la otra. Hay el espiritualismo de Coussin que procede de Descartes, y el espiritualismo de Biran que procede de Leibnitz. El primero se atiene á la oposicion absoluta del pensamiento y de la extension; y el segundo tiende á resolverlo todo en fuerzas.

M. Bouillier está evidentemente con Leibnitz, cuyo dinamismo concuerda mucho mejor con la teoría contemporánea de los biólogos que el mecanismo geométrico de Descartes. Cada sér vivo es un conjunto de vivientes; cada célula, cada elemento anatómico tiene su vida propia. Esta verdad experimental ha sido expresada por Leibnitz bajo una forma metafísica cuando dice «que cada porcion de la materia debe ser considerada como un jardin lleno de plantas ó como un estanque lleno de peces; y cada rama de la planta, cada miembro del animal, cada gota de sus humores, es al mismo tiempo un jardin ó un estanque lleno de vivientes más y más pequeños.» Tambien fué Leibnitz el que primero llamó la atencion sobre esos fenómenos oscuros del pensamiento, á los cuales M. Bouillier ha consagrado los dos capítulos que tienen por títulos: *Percepciones insensibles* y *Conciencia de la vida*. Solamente una psicología estrecha puede obstinarse en negarlos. «Porque es cosa bien fácil, dice justamente nuestro autor, marcar precisamente dónde la conciencia acaba y dónde empieza. Entre los dos grados extremos de la conciencia reflexiva y de la inconciencia absoluta hay una multitud de tintes diversos y de grados intermediarios... La conciencia empieza y acaba por gradaciones y degradaciones insensibles, infinitamente pequeñas. La conciencia tiene siempre un grado que puede ser indefinidamente disminuido» (página 392). Los trabajos publicados en estos últimos años en Francia, en Inglaterra y en Alemania, han demostrado la importancia psicológica de estos fenómenos oscuros que constituyen el instinto, las costumbres, los recuerdos vagos, las asociaciones inconscientes, las simpatías y las antipatías secretas, las inspiraciones súbitas en la ciencia ó en el arte, etc.

En suma, el animismo, de cualquier manera que se defienda su causa, queda reducido á una simple hipótesis, sujeta, como hemos visto, á muchas objeciones. Por otra parte, la explicacion mecánica de la vida, por más conforme que esté con su método científico, deja todavía gran número de hechos sin ex-

plicacion. No podemos, pues, estar con M. Bouillier ni contra él. Pero es preciso agradecerle el habernos dado todas las piezas de ese gran proceso y el haber expuesto todas las doctrinas y discutido todas las objeciones. El lector encontrará en su libro todos los elementos de la cuestion, á falta de una solucion definitiva que es preciso resignarse á esperar largo tiempo, y quizá á ignorar siempre.

T. RIBOT.

(*Revue politique et littéraire.*)

LOS ÚLTIMOS ADELANTOS
DE
LAS INDUSTRIAS QUÍMICAS.

Entre los productos químicos que la industria emplea, hay uno que la ciencia designa con el nombre de ácido sulfúrico, y al cual, por añeja costumbre, se le conserva el nombre de aceite de vitriolo. La importancia de este producto es tan grande, que algunos talentos eminentes han creído hallar, en la cifra de su consumo, la medida del grado de civilizacion de los pueblos modernos.

Esta pretension es errónea. Si la industria es poderosa palanca de la civilizacion de un pueblo, hay otros elementos que á su desarrollo y á su grandeza concurren, y los hechos de orden moral y de orden intelectual no ceden de seguro el puesto que legítimamente les pertenece á los de orden puramente práctico.

Pero, si es erróneo estimar en tanto la importancia del producto de que me ocupo, no lo es ciertamente considerar al ácido sulfúrico elemento principal de las industrias que llaman en su ayuda las reacciones químicas, y procuraré demostrarlo en pocas palabras.

Calentado con sal gema ó con sal marina nos da, de una parte el sulfato de sosa, y de otra el ácido clorhídrico; es decir, los agentes principales de la fabricacion de jabones, de vidrios, del papel, del blanqueo, de la tintorería, etc.

Calentado con nitro engendra el agua fuerte, ó sea, en términos científicos, el ácido nítrico; es decir, el agente oxidante por excelencia, el agente creador de esas espléndidas materias colorantes, de que tan magnífico uso se hace en el tinte de las sedas.

Con su ayuda se desoxidán y limpian los metales, se purifican los aceites, se fabrican las bujías, y, gracias á él, han podido popularizarse el plateado y el dorado galvánicos. De las reacciones á que da lugar resultan la mayoría de los productos químicos que se emplean en las artes y oficios, y muchos de los medicamentos á que recurre el arte de curar. El ácido sulfúrico es, en una palabra, el agente *princeps*, el agente principal de toda la industria química.

Pero el ácido sulfúrico, cuya importancia industrial puede ya apreciarse, no se fabricaría en las proporciones colosales que el consumo moderno exige, si hubiéramos de obtenerlo de la única fuente que se explotaba hace cuarenta años. En aquella época sólo había un medio de fabricarlo, y consistía en quemar en grandes cámaras de plomo el azufre nativo, sacado del suelo volcánico de Sicilia. No se necesitaba gran cantidad de este azufre, porque las industrias químicas estaban en la infancia; y unas 20.000 toneladas bastaban á la fabricacion del ácido sulfúrico consumido en Europa. Hoy esta fabricacion ha aumentado en más de diez veces, y 280.000,000 de kilogramos de azufre apenas bastarian para alimentar las fábricas europeas.

¿Dónde encontrarlo? Sicilia no puede proporcionar tan grandes cantidades, y la enfermedad de la viña, el oidium, convirtiendo la industria vinicola en un gran consumidor de azufre, de doce á quince años á esta parte, hace á la industria química terrible concurrencia.

Ha sido, por tanto, indispensable acudir á otra fuente. Ya en 1793, cuando, separada Francia del resto de Europa por la guerra, procuraba encontrar en su suelo los recursos necesarios á su existencia industrial, un sabio, D'Artigues, intentó sustituir el azufre de Sicilia con esos compuestos de azufre y de hierro, esas piritas que nuestra patria contiene en criaderos tan ricos; pero su proyecto fracasó. Lo mismo se intentó en 1818 en Inglaterra, con éxito igualmente desgraciado.

El descubrimiento debía hacerse en Lyon. Existía desde aquella época en Saint-Fons, muy modesta entonces, una fábrica de productos químicos que sus hábiles directores, los Sres. Perret, han hecho después célebre. En ella se procuró de nuevo en 1830 la fabricacion del ácido sulfúrico por medio de piritas, y en ella se consiguió la primera vez el intento que después se ha extendido por todo el mundo. Explotábase las minas de Chessy en Villafranca para extraer el cobre; los Sres. Perret las explotaron después para extraer el azufre, y hoy la fabricacion del ácido sulfúrico las ha agotado casi completamente. Las minas de Saint-Bel y de Sourcieux, cerca de Arbesle, les han sucedido; minerales de la misma clase se han explotado en el Gard y en el Ardeche, y á medida que esta industria se generalizaba, el azufre de Sicilia retrocedía ante las piritas francesas, hasta cederles completamente el campo.

Este progreso no se ha limitado á Francia; es general: en Inglaterra y en Alemania se obtiene hoy por la combustion de piritas, análogas á las del Ródano y del Gard, todo el ácido sulfúrico que reclaman las industrias químicas; y las cantidades son inmensas, pudiendo calcularse, sin temor de equivocacion, en 800.000,000 de kilogramos de ácido sulfú-

rico concentrado, es decir, lo que cabria en un canal de 2 metros de profundidad, 10 de ancho, y de 25 á 30 kilómetros de largo.

Para producir esta cantidad de ácido sulfúrico se necesitan de esas piritas cuya aplicacion industrial se debe á los Sres. Perret, 600,000 toneladas, ó sean 600.000,000 de kilogramos; es decir, una cantidad tal, que, para ser trasportada por ferro-carril, exigiria de 60 á 80,000 wagoes.

Aun cuando se esté habituado á los grandes movimientos de la industria, ante cifras tan colosales no puede ménos de conmoverse el espíritu y de confesar el reconocimiento debido á los que inician tales progresos.

Veamos ahora cuáles han sido algunos de los más importantes. Entremos en una manufactura de productos químicos, donde el ácido sulfúrico nace, y examinemos si las fabricaciones que exigen su empleo han adelantado en los últimos tiempos.

Indudablemente; y en proporciones considerables, como lo prueban las numerosas fábricas de estos productos que en Marsella existen, donde se descompone la sal de los pantanos salitrosos; se hace, por millares de toneladas, el álcali que los fabricantes de jabon piden, y se produce, de la misma descomposicion el gas ácido clorhídrico, ó sea espíritu de sal. Este gas se desperdiciaba formando penachos blancos á las chimeneas de las fábricas, y pintorescas nubes en el espacio.

Penachos y nubes de tan agradable aspecto, contienen, sin embargo, un enemigo cruel, enemigo que la fábrica imprevisora esparcía diariamente á oleadas sobre los cultivados campos vecinos. Este enemigo era el ácido clorhídrico gaseoso, nacido de la reaccion del ácido sulfúrico sobre la sal marina, ácido clorhídrico que daña nuestros pulmones, que quema los vegetales, que oxida el hierro, que ataca los materiales de construccion, que, en una palabra, lleva por donde pasa el desorden, y, á veces, la ruina.

Si hoy se recorren los centros industriales donde se observaban estos daños, no se advertirá rastro de ellos; y si la chimenea de la fábrica conserva el penacho blanco, lo forma ya únicamente el humo y el vapor de agua. El ácido clorhídrico ha desaparecido por completo. Hábilmente condensado, ha llegado á ser, dentro de la misma fábrica, primera materia para nuevas producciones, al mismo tiempo que el cultivo, libre de su perniciosa influencia, se desarrolla frondoso á las mismas puertas del edificio.

A Inglaterra debemos este progreso, que no fué en verdad completamente espontáneo, pudiendo el Parlamento inglés, con igual y acaso con mejor título que la industria, reivindicar el honor de haberlo hecho. El Parlamento fué, en efecto, quien en 1864, conmovido por las quejas incesantes de los agricultores, obligó á los fabricantes de productos químicos á condensar á

95 por 100 el gas clorhídrico formado por la descomposicion de la sal.

¿Era posible esta condensacion, sobre todo económicamente? No se tenia entónces seguridad completa, pero esto importaba poco al legislador: la salubridad exigia que el ácido clorhídrico se condensara, y la ley lo ordenó. Al principio se quejaron algo los fabricantes; pero, respetuosos á la ley, empezaron á trabajar, y cuatro años despues, estaba resuelto el problema en toda la Gran Bretaña. De Inglaterra pasó este progreso al continente, y hoy es general su aplicacion.

Y se equivocarian los que creyesen que esta transformacion saludable ha ocasionado pérdidas á los fabricantes; muy al contrario, ha sido para ellos fuente de ganancias, al mismo tiempo que ejercia en el desarrollo del bienestar general una influencia considerable. La razon es sencilla. Condensado el gas ácido clorhídrico y transformado en ese líquido amarillento, humeante y corrosivo que se conoce, fué preciso utilizarlo, buscarle un empleo, y se han hecho con él los cloruros decolorantes, todos esos productos que el consumidor designa con los nombres vulgares de: cloro, polvo de lavanderas, agua de Javelle, etc., productos que, empleados con discernimiento, tan grandes servicios prestan al blanqueo, al tinte y á la fabricacion del papel.

Cosa digna de notarse, y de que ofrece varios ejemplos la industria, es que todas estas fabricaciones anejas han ido aumentando, y sus productos adquiriendo mayor desarrollo, gracias al hábil y sabio empleo del ácido clorhídrico, de ese resíduo de ayer, convertido en regulador de beneficios de la fabricacion en general, y tanto que, en los momentos actuales, los esfuerzos de los inventores se encaminan á perfeccionar los procedimientos con cuya ayuda la química puede fabricar estos agentes decolorantes. Mr. Weldon, en Inglaterra, regenera el manganeso que de ordinario sirve para la transformacion del ácido clorhídrico en cloro: más atrevido Mr. Deacon, lo suprime y pide al aire mismo el oxígeno necesario á esta transformacion, anunciándonos desde ahora de un modo casi cierto, que cloruro de cal se producirá, no á 35 ó 40 francos, sino de 10 á 15 francos los 100 kilogramos; progreso inmenso de riquísimas é inesperadas consecuencias, porque, el dia en que se pueda extraer del ácido clorhídrico, por un procedimiento barato, el cloro que contiene, habremos proporcionado á la industria textil el medio de blanquear á poco precio los tejidos de hilo y algodón con que la humanidad se viste habitualmente, y proporcionaremos á la fabricacion del papel la forma de utilizar materias hasta ahora rebeldes, y de producir barato ese papel con que se hacen los libros útiles, y con ellos la educacion primero, y la instruccion despues, origen de buenos ciudadanos.

Y no debe admirar la grandeza de estas consecuencias, pues lo raro es que, al hacerse un descubrimiento científico ó un progreso industrial, no se advierta en seguida su influencia en el orden social. Sin salir de la fábrica de productos químicos, puede presentarse otro ejemplo.

Cuando la sal ha sido descompuesta, cuando, al lado del ácido clorhídrico, el fabricante ha obtenido el sulfato de sosa, empiezan para este compuesto las transformaciones, y la más importante es su conversion en sosa, en carbonato de sosa. Para conseguirlo, se calienta el sulfato en hornos de reverbero á la alta temperatura de unos 1.000 grados, mezclándolo previamente con cantidades calculadas de creta y de carbon; mas para obtener buen resultado, es necesario que de continuo se agite la masa, y esta es operacion penosísima. Frente á la boca abierta del horno, hay dos ó tres trabajadores, desnudos desde la cabeza á la cintura y manejando enormes palas de hierro, cuyo mango llega á diez metros de largo, y su peso, algunas veces, á cincuenta kilogramos. Armados con estas herramientas formidables, tienen que levantar y remover los 1.000 ó 1.200 kilogramos de la materia ardiente y medio fundida que llena el horno. No puede formarse idea de los esfuerzos necesarios para este trabajo brutal en su forma más violenta.

Pues bien, este trabajo va desapareciendo poco á poco, y, al visitar las grandes manufacturas de Inglaterra, llama la atencion ver por todas partes los hornos de sosa ordinaria, reemplazados con un aparato nuevo que, por su marcha propia, determina en el seno de la masa generatriz de la sosa la agitacion necesaria para que se forme este álcali. Dicho aparato se llama horno giratorio, y es un enorme cilindro horizontal de cinco metros de largo por tres de diámetro, al que imprime un movimiento de rotacion sobre su eje una pequeña máquina de vapor. El cilindro está colocado sobre las llamas de una hoguera, y dentro de él las materias componentes que, agitadas y mezcladas por el movimiento de rotacion del cilindro, reaccionan rápidamente unas sobre otras y se trasforman en sosa, sin que la fuerza muscular del hombre inter venga en ayuda de la reaccion.

La operacion química no se encarga ya á hombres de formas hercúneas que tienen que levantar grandes masas, sino á un operario casi artista, colocado junto á la máquina motriz, y que, sin esfuerzo alguno, maneja el aparato, obediente á la direccion que se le imprime; con sólo mover la mano, disminuye ó acelera la marcha, y este trabajo, puramente de atencion y de vigilancia, enjendra en el obrero el sentimiento de su responsabilidad y eleva el nivel de su inteligencia.

Los productos nacidos de la descomposicion de la sal gema no deben ser los únicos que tengan el privilegio de fijar nuestra atencion, no siendo en efecto los únicos agentes químicos que las artes y los oficios utilizan en sus trabajos. Los compuestos de potasa tienen tambien importancia. Con ellos se hace el cris-

tal, y se hacen otros muchos productos que son de gran utilidad para las artes y para la industria.

tal, los jabones blandos, los abonos, el salitre; y en la producción de estos compuestos potásicos, encontramos los progresos acaso más notables que presenta la historia moderna de nuestras industrias químicas.

Conocida es la antigua fabricación de estos compuestos. La ceniza que queda en la chimenea ó en la estufa, los residuos de la madera quemada, son compuestos calizos insolubles en el agua y sales de potasa solubles, entre las cuales predominan los carbonatos. Las lavanderas lo saben bien, y precisamente para utilizar las propiedades deterativas de este carbonato de potasa emplean las cenizas de madera en el lejido de la ropa. Esto se ha hecho en grandes proporciones en los parajes cubiertos de bosque: pero poco á poco, á medida que mejoraban los medios de transporte, se han explotado los bosques para el aprovechamiento de las maderas y la construcción de edificios, la carretería, la tonelería han llegado á ser sus consumidores habituales, acabando con el procedimiento bárbaro de la incineración, procedimiento muy extendido en Francia, en los Vosgos, y que ya hoy no se practica. También lo ha destronado el progreso en Alemania y Austria, donde, por este medio, se fabricaban considerables cantidades de potasa. Sólo en Hungría, en América y en Rusia, persiste esta fabricación, y puede asegurarse que desaparecerá pronto.

¿Quién nos suministrará la potasa tan necesaria para la fabricación del cristal, de los jabones blandos, del salitre y del cultivo de la remolacha? ¿Quién nos la suministra ya? Para contestar á esta pregunta debo mencionar tres hechos notables, completamente modernos, y que indicaré rápidamente por orden cronológico.

La industria azucarera es la primera que vino á hacer concurrencia á la antigua fabricación de las potasas. El origen de esta competencia es sencillísimo; la remolacha es una planta absorbente que toma del suelo donde vegeta los compuestos potásicos mezclados con la tierra. Una remolacha del peso ordinario de 2 kilogramos, por ejemplo, contiene á lo ménos de 1 á 2 gramos de estos compuestos. Sometida á las operaciones necesarias para extraer la azúcar, la remolacha se divide en tres productos distintos: la torta, formada con la pulpa apretada, que el agricultor busca para alimento de sus animales, el azúcar que comemos y la melaza. En este último producto, en la melaza, es donde se concentran poco á poco todas las sales potásicas que la remolacha tiene en su origen, y que Mr. Dubrunfaut ha enseñado á extraer por el siguiente procedimiento:

Fermentada la melaza, una parte de ella se transforma en alcohol, que se recoge por medio de la destilación, y otra en vinazas, que, evaporadas, y calcinado el residuo en hornos de reverbero, vuelve al estado salino la potasa absorbida en los tejidos de la remolacha, durante la vegetación.

Las primeras aplicaciones de este procedimiento empezaron en 1840, y su importancia ha crecido tanto y tan rápidamente, que hoy produce á Francia unas 6.000 toneladas de compuestos potásicos, que representan un valor de 3.000.000 de francos. Pero las 6.000 toneladas no bastarían á la industria, que necesita más del doble, y las nuevas aplicaciones de la madera de los bosques impide pedir á ésta la cantidad que falta.

Buscando de dónde sacarlo hemos encontrado un mineral de potasa incomparablemente bello, el agua del mar, que pródigamente ofrece á nuestro país sus riquezas industriales y sus riquezas alimenticias.

El mar es una mina inagotable. Los compuestos salinos que tiene en disolución son numerosos, y mencionando sólo los más importantes, en cada litro de agua del mar, provenga del Océano ó del Mediterráneo, no se encuentran ménos de 25 gramos de sal marina, de cloruro de sodio, y un gramo de cloruro de potasio.

Introducida el agua del mar en los grandes estanques artificiales, donde queda abandonada á la evaporación espontánea, irá concentrándose poco á poco hasta el momento en que la sal, incapaz de estar en disolución, se depositará en estado sólido y cristalino. No toda la capa de agua se cristaliza, y, al cabo de algunas semanas, cuando la sal tenga un espesor de 10 ó 12 centímetros, se procederá á lavarla, después de haber eliminado y arrojado el agua no evaporada, es decir, lo que se llama el agua madre, sin atender á las riquezas que contienen, entre las cuales figuran naturalmente los compuestos potásicos.

Así se hacía desde tiempo inmemorial en nuestras costas del Mediterráneo, perdiendo anualmente la industria cantidades inmensas de potasa, que volvían al mar, de donde habían salido pocos meses ántes.

¿Era difícil recoger estas sales de potasa, esta riqueza perdida? Seguramente, y para conseguirlo se ha tenido que acudir á la ciencia de un sabio, Mr. Balard, y á la habilidad y tenacidad de uno de los industriales que más honran á Francia, Mr. Merle, de Salyndres.

No describiré los largos procedimientos por medio de los cuales Mr. Balard ha hecho práctico el tratamiento de las aguas madres de nuestros pantanos salinos, limitándome á decir que consisten en una serie de dobles descomposiciones salinas de delicadeza extraordinaria, y cuya realización exige, no el acostumbrado concurso del calor, sino el frío enérgico de una verdadera congelación. Como estas bajas temperaturas no se producen naturalmente en las orillas del Mediterráneo, el descubrimiento de Mr. Balard no hubiera salido del dominio puramente científico, si no figuraran en primera línea, entre las invenciones modernas, las máquinas destinadas á la producción artificial del hielo. El enérgico enfriamiento que el clima del Mediterráneo negaba á la industria de las aguas

madres, se obtuvo en seguida por medio de estas máquinas. Con gastos enormes se construyeron é instaláron en Camargue, sobre la gran salina de Giraud, poderosos aparatos, é inmediatamente comenzó la fabricacion industrial. Se habian necesitado veinticinco años de estudio para asegurar el éxito, pero fué completo. Intentada desde 1835 por Mr. Balard, y continuada despues con inquebrantable ánimo, la extraccion de la potasa contenida en el agua del mar, entraba victoriosamente en 1860 en la industria de los productos químicos.

Pero este triunfo iba á ser efímero; á los esfuerzos hechos debian añadirse pronto otros mayores, y la nueva industria, en el momento en que creia llegar á puerto seguro, tropezó violentamente con inesperado escollo, pareciendo increíble que el choque no la echara á pique.

Un descubrimiento maravilloso y capaz de arruinar á todos los fabricantes de potasa enriqueció de pronto á los alemanes. En Stassfurt (Prusia sajona) se habian empezado á explotar riquísimas minas de sal gema, y por encima de los gruesos bancos donde están dichas minas, la ciencia acababa de encontrar, dispuestos regularmente en capas sucesivas, todos los compuestos salinos que proporciona el agua madre de los pantanos de agua del mar, como si en aquel yacimiento, hasta entónces desconocido, algun brazo de mar hubiese depositado la sal marina primero, despues los compuestos magnesianos, y por último, las sales de potasa que primitivamente tenia en disolucion.

Bien se comprende el terrible golpe que este descubrimiento daba á nuestra industria francesa de las aguas madres. En Stassfurt no eran necesarias ni grandes superficies de evaporacion para separar la sal, ni enfriamiento enérgico para operar una doble descomposicion, bastando arrancar con el pico el mineral de potasa (carnalita) y hacerlo hervir con un poco de agua, para retirar inmediatamente el cloruro de potasio casi puro.

Las potasas de Stassfurt, al aparecer en el mercado, causaron por tanto una verdadera revolucion, y de un dia á otro el cloruro de potasio que valia á 55 francos los 100 kilogramos, se vendia á 22 francos, bajando más del 50 por 100.

Creyése muerta nuestra industria de las aguas madres; pero los hombres que por primera vez la condujeron á buen éxito no se desanimaron. Tanto habian luchado, que la lucha les pareció natural. Mr. Merle y sus colaboradores empezaron de nuevo el estudio económico de sus procedimientos, haciendo las modificaciones que la situacion exigia; á la accion principal del frio añadieron la accion secundaria de un calor bien aplicado; llamaron en su ayuda hábiles disposiciones mecánicas, y avanzando lentamente, pero con seguridad, en la vía de las reformas, constituyeron un

procedimiento casi nuevo, logrando que sus esfuerzos triunfaran por segunda vez.

De esta suerte, y despues de diez años de nueva lucha, se ha levantado la industria de las potasas francesas, fabricando en Camargue y entregando anualmente á las industrias químicas de 1.000 á 1.200 toneladas de compuestos potásicos, que, ni por la calidad, ni por el precio, pueden temer la concurrencia extranjera. Nuestra patria ha adquirido por consiguiente una nueva riqueza, y su conquista demuestra que ni en las luchas pacíficas de la industria, ni en las demas, conviene perder la esperanza.

De muchos otros progresos podria dar cuenta si continuara el relato de la fabricacion de los productos químicos y mostrara al trabajador, recogiendo los amoniacales en cuantos puntos se presentan, si hablara de las grandes explotaciones de fosfatos calizos que hoy se descubren por todas partes, en el Lot, en las Ardenas, en Bellegarde, en Boloña del Mar, y que, transformados en fosfatos más fácilmente asimilables y mezclados con las sales amoniacales ántes mencionadas, llegan á ser, en manos de nuestros agricultores, poderosos agentes de fertilidad; si explicara la fabricacion de alumbres; si mencionara, en fin, esa multitud de industrias que, como decia al principio, giran alrededor del ácido sulfúrico, eje ó centro comun de todas ellas.

Además de los progresos realizados en la fabricacion de los productos químicos, conviene tambien decir algo acerca de los que han hecho las numerosas industrias que utilizan estos productos.

En primer lugar encontramos la fabricacion del papel, tan floreciente en el Ardeche y en el Isere. Los nombres de Montgolfier, de Bauchet-Kleber y de Breton figuran gloriosamente entre los que honran la industria del Sudeste de Francia. Hace algun tiempo esta industria sólo contaba con una primera materia, el trapo, primera materia bastante rara, puesto que el interés del productor consiste en no producirla. El trapo bastaba entónces; pero el consumo del papel aumenta, la imprenta multiplica sus obras, el comercio multiplica su correspondencia, y la produccion del trapo no crece. Entónces se aplican á la fabricacion del papel primeras materias que inútilmente se habia intentado utilizar muchos años ántes, pero que sólo la química moderna podia hacerlas aprovechables en este empleo industrial. De tal suerte han venido á figurar al lado del trapo esos *phormiums*, que la India y la Australia nos remiten en forma de groseros embalajes; y la paja del centeno y del trigo, empleadas desde hace largo tiempo en la fabricacion de papeles amarillos y ordinarios, ha podido, gracias á la accion sucesiva de los álcalis y del cloro, transformarse en una pulpa blanca y sedosa, á proposito para la fabricacion, si no de los papeles finos, de los que comunmente se emplean en la impresion de periódicos. De tal suerte

también, después de haber monopolizado Inglaterra el esparto de España y el alfa de Argelia, ha conseguido sacar de estas plantas tan duras y resistentes, una pasta de papel, tan buena como la mejor de trapo. Por ello igualmente vemos hoy por todos lados en Francia, en Inglaterra y en Alemania, elevarse grandes fábricas donde la madera, la madera misma, el pino, el abeto, el álamo, se transforma en pasta de papel. Hecha menudos pedazos con poderosos instrumentos cortantes, va á parar á enormes calderas autoclaves, donde, sometida durante seis horas á la acción combinada de una lejía de sosa concentrada, de una temperatura de 200 grados y de una presión de 14 atmósferas, bajo esta triple influencia, la materia incrustante de la madera se oxida y disuelve, las fibras celulares se separan, y, en vez del tejido leñoso, duro y quebradizo que llenaba la caldera, aparece en ésta una masa ductil y fibrosa, todavía coloreada, pero que, al cabo de algunos momentos, y gracias al cloruro de cal, se transforma en pasta de papel de perfecta blancura.

Estos son los grandes progresos, los progresos necesarios, los progresos que la ciencia debe á la civilización. El desarrollo de la inteligencia y el desarrollo del trabajo lo exigían imperiosamente. El consumo del papel aumenta sin cesar en todos los países civilizados. En Francia era en 1884 de 60.000,000 de kilogramos, y en 1873 de 130.000,000. Veinte años han bastado para duplicarlo. En Inglaterra y en los Estados-Unidos el aumento es mucho mayor. Nuestra industria papelera tampoco se detendrá, y su producción seguirá el aumento del consumo.

Ya es un resultado considerable, un resultado satisfactorio, bajo todos puntos de vista, que cada cual de nosotros consumamos anualmente, bajo diversas formas, libros y cuadernos de todas clases, papeles de escribir, papeles de embalaje, etc., más de tres kilogramos de papel, es decir, una cantidad tal, que con el consumo total de Francia, se podía hacer alrededor de la tierra, por el Ecuador, una faja de 60 metros de anchura.

Al lado del papel figura la vigorosa industria vinícola, que, desde hace siglos, constituye la fortuna de Borgoña y del Beaujolais; que en el Mediodía va extendiéndose sin cesar y que cubre ya en Francia 2.500,000 hectáreas, la vigésima parte del territorio. ¡Qué inmenso servicio le ha prestado recientemente la química!

En los funestos años de 1850 á 1860 la producción vinícola en Francia, que era de cuatro millones y medio de hectolitros, se redujo á cerca de tres millones, es decir, de 118 litros, á 75 por cabeza y por año. El oidium había aparecido y sus destrozos eran horribles. Tanto en Montpellier, como en Fontainebleau, en Dijon como en Burdeos, nuestras viñas estaban atacadas de la enfermedad, y hubo un momento en que se las

creyó perdidas. Entonces intervino el azufre, remedio infalible que paró el mal, y su empleo se popularizó tan pronto, que el oidium no inspira hoy ningún terror á los agricultores; y la producción, continuando su marcha ascendente, ha traspasado desde 1866 el límite que alcanzó antes de que apareciese la plaga.

Pero al oidium ha sucedido hoy un enemigo nuevo, un insecto difícil de examinar, difícil de caracterizar, la *phylloxera*. Atacando á las cepas en las Bocas del Ródano, en Vaucluse, en el Gard, ha destruido ya más de 20.000 hectáreas de viñedos, y sus destrozos empiezan á adquirir en el Herault, en el Drome y en el Var una gravedad alarmante. En presencia de estos desastres la ciencia no está inactiva, habiendo comenzado la lucha entre ella y el parásito maldito. La fisiología ha entrado en la arena la primera, y el año ha sido bueno para ella. Las costumbres de la *phylloxera*, sus transformaciones, sus modos de atacar las viñas, le son ya conocidos y se acerca la hora en que puede esperarse que la química intervenga, enseñando á los vinicultores el medio de matar la *phylloxera*, como les enseñó á matar el oidium.

¿Y los progresos de la industria azucarera? En 1835 la remolacha daba cada año á Francia tres millones de kilogramos de azúcar, en 1880 daba setenta millones, en 1872 la producción ha pasado de cuatrocientos millones de kilogramos, y en 1873 de cuatrocientos cincuenta.

El consumo es tan inferior á estas cifras, que apenas llega á la mitad, y por tanto constituye un poderoso elemento de exportación, es decir, de riqueza. Y no sólo por la intensidad de la producción, sino por la bella cualidad de los productos, es hoy nuestra industria azucarera digna de atención. El empleo juicioso de la cal y del ácido carbónico, lo perfecto de sus aparatos de evaporación y de cocción ha modificado completamente su naturaleza, y no trabaja sólo por la refinación, sino que, desde el primer momento, obtiene azúcares blancos, cristalinos, sin olor, de un sabor perfecto, azúcares que, con sobrada razón, buscan los consumidores.

Todas estas grandes cosas se deben á la ciencia moderna. Si continuáramos el exámen de las industrias químicas, á cada paso encontraríamos resultados tan importantes como los referidos; y personas más autorizadas que yo pueden decir que en el dominio de la metalurgia, de la mecánica, de la agricultura, las conquistas modernas nada tienen que envidiar á las que enorgullecen á la química.

Todo progresa en el mundo industrial. Cada día cuenta un descubrimiento glorioso, una aplicación fecunda. De este modo, apoyada por una parte en la ciencia, y por otra en la práctica, la industria avanza constantemente, creando productos nuevos, mejorando la calidad de los producidos, abaratando su fabricación, y haciéndolos así más perfectos y accesibles.

Grande y bella es la mision que la sociedad le confia y que la convierte en agente generador del bienestar material de las poblaciones, de ese bienestar necesario que tanto vale para la libre expansion del alma, y que tan considerable influencia ejerce en el desarrollo del espíritu.

La sociedad pide mucho, y con sobrada razon, á la naturaleza humana; pero ¿por qué no reconocerlo? á veces es cosa difícil la obediencia al deber para el que sufre, para el que tiene hambre, para el que tiene frio; y fácil, cuando ve libre su vida de estos dolores materiales.

A la industria corresponde el honor de realizar esta emancipacion; á ella pertenece mejorar, con sus diarios esfuerzos, las condiciones materiales de la parte más numerosa de la humanidad.

Porque esta es su mision, y porque no ha dejado ni dejará jamás de realizarla, la industria tiene derecho, como la ciencia, como la filosofía, como la moral, á la estimacion y al reconocimiento de los corazones rectos y de las grandes inteligencias.

AIMÉ GIRARD.

Profesor del Conservatorio de artes y oficios de Paris.

LAS PROFECÍAS MODERNAS.

CARTA DEL OBISPO DE ORLEANS

AL CLERO DE SU DIÓCESIS.

Deseo, señores, llamar por algunos instantes vuestra atencion sobre un asunto que no carece de importancia en la actualidad, y recordar en pocas palabras, no tanto para vosotros como para aquellos que puedan reclamar vuestra direccion en este punto, las sábias reglas que la Iglesia ha determinado en tales materias, y que parece están hoy demasiado olvidadas. Refiérome á esas profecias y á esos prodigios que incesantes publicaciones, en su mayoría sin autoridad de ninguna clase, hacen circular cotidianamente entre los fieles. No pretendo decidir entre unas y otras profecias, entre tales ó cuales prodigios, sino exponer sencillamente y en tésis general algunas reflexiones encaminadas á esclarecer la piedad y prevenirla contra los abusos y excesos á que puede llegar, en este punto, una religiosidad mal entendida.

Limitaréme, pues, señores, á recordaros brevemente los consejos de las Santas Escrituras, las advertencias de la razon cristiana, la experiencia y las doctrinas de los santos, las declaraciones recientes del Soberano Pontífice, y, en fin, las ordenanzas terminantes de los Concilios y de los Papas.

Tal es el objeto de esta carta, modesta apelacion al espíritu de la Iglesia, á la prudencia, al comedimiento, á la circunspeccion indispensables en materias tan delicadas.

I.

Por todas partes, señores, se habla hoy en efecto, de milagros y de profecias, y de nuestra generacion tambien se podria decir lo que Nuestro Señor decia á veces de la suya: «Esta generacion busca un signo, *Generatio istu signum querit.*»

Las épocas perturbadas como la nuestra suelen ser causa y testigos de este fenómeno, que no debe sorprendernos. ¡Cuántas veces, en efecto, en medio de nuestras tristezas, necesitaríamos ese *signum in bonum* de que hablan los psalmos! Cuando han perturbado los espíritus grandes conmociones políticas y sociales, cuando caen sobre un pueblo calamidades extraordinarias, cuando revoluciones profundas han sacudido una nacion hasta en sus fundamentos, las imaginations conmovidas entran en actividad, procurando penetrar en la oscuridad de los acontecimientos, entrever lo misterioso desconocido que el porvenir guarda, y descubrir, en fin, cuál será la salud y el salvador que se espera. Entónces se cambia lo real, donde nada se ve que tranquilice, por lo imaginario, donde se puede ver todo, y especialmente lo que se espera. Los profetas aparecen, los taumaturgos tambien; las visiones, los oráculos, los prodigios se multiplican. A los iluminados de buena fe se mezclan los farsantes; las almas, ávidas de luz, se precipitan hácia donde creen encontrarla, prestando atento oído á las relaciones maravillosas y á las voces que, se dice, proceden del cielo. Los crédulos, y á veces hasta los incrédulos, á causa de esa profunda necesidad de entrar en lo desconocido que es innata al alma humana, se ven arrastrados por la corriente, y toda una generacion se alimenta de quimeras; en tanto tiembla, sobrecogida de vanos temores ante las calamidades anunciadas, cual sucedia al aproximarse el año mil, en tanto se exalta ó se duerme, siguiendo el vértigo que la domina, al impulso de esperanzas que nada serio puede justificarlas.

¿Quiere decir esto, señores, que lo sobrenatural sea imposible, que haya pasado el tiempo de los milagros y de las profecias, y que el mundo no vea ya esos testimonios sorprendentes de la omnipotencia y de la bondad divinas? Cuando, bajo el golpe de grandes infortunios y á impulsos de la gracia, el movimiento religioso se produce en un siglo y en una nacion; cuando las almas se dirigen á Dios y miran á lo alto con más frecuencia que de costumbre, y envian al cielo, más

ansiosas y más fervientes, las súplicas y las penitencias; ¿no debe estar Dios inclinado á responderlas con fervores más ostensibles?

Se hacen estas preguntas, señores, y, ante la multitud de manifestaciones sobrenaturales, tan difíciles de rechazar como de admitir sin discernimiento, las almas sinceras, que no quieren ser ni rebeldes, ni engañadas, se sienten perturbadas é inquietas y piden una direccion. La Iglesia no la niega, y os la ofrezco por mi parte á vosotros, señores, y á los fieles de mi diócesis.

Mi único propósito consiste en aconsejaros é inspiraros la prudencia. Esta gran virtud, frecuentemente desconocida y desdeñada, á pesar de ser la primera de las virtudes cardinales, fundada en el buen sentido cristiano y en las prescripciones terminantes de la Iglesia, es la única que indica vía segura entre los dos excesos posibles; porque en realidad hay que temer dos excesos, uno de incredulidad y otro de credulidad.

Entremos en el fondo de la cuestion.

Lo sobrenatural existe, señores, y es precisamente el fundamento de nuestra fe. El cristianismo es un hecho sobrenatural y divino; es la gran revelacion de Dios á los hombres, y bien sabéis que los hombres tenían profunda necesidad de ella. «Dios, dice San Pablo en su bella carta á los hebreos, ha hablado á los hombres, á nuestros padres, muchas veces y de muchas maneras; en pasados tiempos por medio de los profetas, y últimamente, á nosotros mismos, por medio de su Hijo: *Multifariam, multisque modis loquens olim Deus patribus nostris in prophetis, novissime locutus est novis in Figlio*. Y á fin de que esta revelacion divina no quede sujeta á las interpretaciones variables y erróneas del espíritu privado y permanezca inalterable en la humanidad, Dios ha instituido una autoridad suprema, infalible, encargada de fijar soberanamente el sentido: la santa Iglesia, de quien ha dicho: *Quien os escucha, me escucha. Qui vos audit, me audit*; á quien ha confiado la alta mision de enseñar al mundo: *Id y enseñad á todos los pueblos. Euntes, docete omnes gentes*; á quien ha dado doctores á fin, dice el apostol, de que no seamos arrastrados como niños por todo viento de doctrina: *Dedit doctores... ut non circumferamur sicut parvuli omni vento doctrinæ*. La Iglesia, en fin, señores, que se ha fundado sobre la piedra inmortal contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán jamás: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Tu es Petrus, et super hanc Petram ædificabo Ecclesiam meam; et porte inferi non prævalebunt adversus eam*.

No sólo el cristianismo es un gran hecho sobrenatural, sino que, además, su propagacion por

el mundo es un gran hecho milagroso. ¿Pero la era de lo milagroso y de lo sobrenatural ha terminado para siempre? Asegurarle seria grande exceso de incredulidad. No: el brazo de Dios no se ha detenido, ni el don de los milagros suprimido, ni el espíritu de profecía apagado en la Iglesia; y las historias de los santos más auténticas y ciertas presentan bajo este punto de vista los rasgos más incontestables y adorables del poder y de la bondad de Dios. Hé aquí, señores, lo que la razon cristiana y los anales de la Iglesia proclaman, y lo que los espíritus soberbios y desdeñosos no deben olvidar: estos dones extraordinarios de los primeros siglos de que habla San Pablo, *alii operatio virtutum, alii prophetia, alii gratia sanitalum*, no deben cesar nunca en la Iglesia; los tiempos pueden ser más ó ménos dignos, pero la fuente en sí no está agotada, y por ello San Pablo ha dicho: *Prophetias nolite spernere*.

Escuchad sobre estas cosas, señores, la elocuente palabra de Fenelon: «No quiera Dios, decia en su admirable panegirico de Santa Teresa, que yo autorice una vana credulidad con quiméricas visiones; no quiera Dios que titubee en la fe cuando Dios quiere hacerse sentir. El que desde la altura repartia á torrentes los dones milagrosos entre los primeros fieles, ¿no ha prometido infundir su espíritu en toda carne? Aunque los últimos tiempos no sean tan dignos como los primeros de estas celestes comunicaciones, ¿es preciso creerlas imposibles? ¿La fuente se ha agotado? ¿Se ha cerrado para nosotros el cielo? ¿La indignidad de estos últimos tiempos no hace acaso estas gracias más necesarias para avivar la fe y la caridad casi extinguidas? ¿No es acaso, despues de estos siglos de oscurantismo, donde no ha habido ninguna vision manifiesta, cuando Dios, para no quedar nunca sin testimonio, debe reproducir las maravillas de los antiguos tiempos?»

É indignándose despues contra el vano respeto humano, contra aquellos que, por debilidad, no se atreven á hablar de lo sobrenatural delante de los incrédulos, Fenelon exclama: «¿Dónde estamos, pues, sino hay atrevimiento en la asamblea de los hijos de Dios para publicar los dones de su Padre? ¿Por qué esa risa desdeñosa, hombres de escasa fe, cuando se os refiere lo que la mano de Dios ha hecho? ¡Maldita sea esa sabiduria carnal que nos impide gustar la que es del Espíritu Santo.»

Demostrando en fin que la pretendida fuerza de espíritu no es más que debilidad, añadia estas enérgicas y profundas palabras: «Pero ¿qué digo? ¿Es nuestra razon acaso tan débil como nuestra fe? ¿Basta negarse á creer para convertirse en

incrédulo? ¡No se es tan débil y tan ciego no pudiendo creer lo que es, como suponiendo lo que no existe? ¡Os admiran las palabras milagro y revelación, espíritus débiles, que aún no sabéis cuán grande es Dios y cuánto ama comunicarse sencillamente con los sencillos!...

Hé aquí, señores, con qué fuerza respondía Fenelon á las incredulidades sin exámen. Debe notarse, sin embargo, que hablaba de las revelaciones de una santa, acerca de las cuales la Iglesia habia ya decidido, y que proclamaba resueltamente las maravillas que Dios verifica en sus santos, no pretendiendo autorizar con ello á los que ligeramente «suponen lo que no existe» y toman por inspiraciones de verdadera fe «una vana credulidad en quiméricas visiones.»

El segundo de ambos excesos es lo que conviene evitar ahora. En efecto, señores, no todo lo que se pretende que sea sobrenatural lo es. Del mismo modo que hay verdaderas profecías y verdaderos prodigios, los hay falsos, y conviene que la fe no se tienda un lazo á sí misma. Por ello en las Santas Escrituras se nos dan repetidas y solemnes advertencias contra las ilusiones y las seducciones tan fáciles en esta materia. Permitidme, señores, que ponga á vuestra vista algunos de los textos divinos.

Hubo tiempo en que florecia el espíritu profético. Jeremías denunciaba á los falsos profetas que, sin misión alguna, anunciaban, de parte de Dios, engañosas prosperidades, no siendo ellos enviados de Dios, y que decían: ¡La paz, la paz! Cuando no habia paz: *Dicentes pax, pax; et non erat pax.* Isaías, por su parte, señalaba las presas secretas y profundas que encuentra el espíritu de mentira en esa tendencia del alma humana, y sobre todo del alma popular, á alimentarse de las ilusiones que la halagan: *Loquimini nobis placentia;* decidnos cosas que nos agraden y ved, para nosotros, hasta errores y quimeras: *Videte nobis errores.*

Encuétrase, pues, señores, con admirable correspondencia en los diversos y secretos instintos de nuestra naturaleza lo que San Juan llamaba espíritu de la verdad y espíritu del error: *Spiritum veritatis et spiritum erroris.* Nuestro Señor nos lo advirtió: «Aparecerán falsos profetas, *surgent pseudo prophetae,* y harán signos y prodigios para inducir á error, si posible fuera, hasta á los elegidos: *et dabunt signa et prodigia, ita ut in errorem inducantur, si fieri potest, etiam electi.*» Pero añadía Nuestro Señor: «Aunque os halaguen para engañaros y os digan: Cristo está allí: en ese desierto, en ese campo, en esa casa; no les creáis: *Nolite credere.*»

Porque la buena fe se encuentra en estos casos

expuesta, no sólo á las ilusiones, sino á los engaños y á los artificios; el mismo apóstol que habia dicho: *Prophetias nolite spernere,* añadía: *Omnia autem probate;* probadlo todo: *Quod bonum est tenete;* pero aceptad sólo lo que es bueno; y San Juan, dentro del mismo espíritu, fijaba esta gran regla de la prudencia cristiana: «*Nolite credere omni spiritui; sed probate spiritus, si ex Deo sint.*» No deis fe á todos los espíritus; probadlos y averiguad si los espíritus son de Dios.

Este es, señores, en el órden de las cosas sobrenaturales, el sentido comun. Ante todo, para prestar fe á una profecía ó á un milagro, es preciso que la profecía sea real y auténtica y el milagro esté comprobado. No siendo así, caminais á la ventura, guiados por una ilusión y un error. *Probate spiritus, si ex Deo sint.* Porque si no es de Dios ¿de quién es? Por ser en la apariencia piadosas las quimeras, no dejan de ser quimeras; y la religion sufre con ellas, sobre todo en tiempos como el nuestro, de exceso de credulidad, que produce reacciones, á su vez excesivas, de incredulidad y de escepticismo.

Así pues, en punto á cosas sobrenaturales, rechazarlo todo en principio seria insensato é impío, y admitirlo todo, supersticioso y temerario.

Hay personas débiles ó mal instruidas que toman por signo de celo ó de piedad esta tendencia á una fe temeraria. Pues bien, señores, un gran santo, que seguramente no era hombre de escasa fe, pero que sabia cuán fáciles, frecuentes y peligrosas son aquí las ilusiones, San Francisco de Sales, dice: «¡Cuántas cosas extraordinarias son dignas de ponerse en duda!» Y cita en sus cartas un ejemplo admirable, á propósito de una religiosa de la Visitación que pretendia tener revelaciones: sin poner en duda la buena fe de la monja; pero, considerando que lo que hacia no era serio ni digno de Dios, el sabio obispo escribía terminantemente á la superiora: «En cuanto á sus visiones, ravelaciones y predicciones, me son infinitamente sospechosas, como inútiles, vanas é indignas de consideración; por una parte son tan frecuentes, que su frecuencia y abundancia las hace dignas de duda; y por otra, versan sobre cosas que Dios declara muy raramente y que de nada sirven.»

Respondían algunas personas á estas legítimas sospechas que no se ve siempre en seguida, sino más tarde, la razon de estas revelaciones, que al principio parecen tan injustificadas. A ellas replicaba el Santo: «Decir que en lo porvenir se conocerá el motivo de esas revelaciones, es pretexto del que las hace para evitar la censura de inutilidad de tales cosas; y termina añadiendo que, sin maltratar á la pobre religiosa, «convenia atesti-

guarle completo desprecio á sus revelaciones y visiones, como si refiriera ensueños producidos por la fiebre, sin entretenerse en refutarlas ó combatir las, sino que, al contrario, cuando quisiera hablar de ellas, convenia mudar de conversacion, es decir, cambiar de asunto, hablarle de las sólidas virtudes y perfecciones de la vida religiosa, y particularmente de la sencillez de la fe, con la cual los santos han vivido, sin visiones ni revelaciones particulares, contentándose con creer fervorosamente en la revelacion de las Santas Escrituras y en la doctrina apostólica y eclesiástica.»

Y añadía San Francisco de Sales: «Respecto al buen padre que parece aprobar estas revelaciones, es preciso no rechazarle ni disputar con él, sino sólo atestiguarle que conviene despreciar y no hacer caso de todo *ese tráfico de revelaciones.*» «...En suma, es preciso despreciar en absoluto todas esas revelaciones.»

Se ve, pues, señores, la admirable caridad y dulzura y el notabilísimo buen sentido del Santo: quiere que se aplique el juicio de la razon áun á las cosas que tienen apariencia sobrenatural, y que no se pase adelante, cuando se encuentra lo absurdo.

Y en efecto, señores, nada tan fácil como encontrar, en este orden de cosas, lo falso y lo absurdo, enseñándolo así unánimemente los más célebres teólogos. No citaré más que dos; pero de grande autoridad: Gerson y Benedicto XIV. El primero, al cual muchos han creído y creen que debemos ese libro, calificado por Fontenelle, de *el más bello que ha salido de manos de hombre, puesto que el Evangelio no procede de ellas; La Imitacion.* Gerson ha escrito expresamente un tratado sobre las verdaderas y falsas revelaciones y sobre el modo de distinguirlas: *De Distinctione verarum revelationum à falsis*; y ciertamente no hay asunto más delicado y espinoso. ¿Sabeis una de las señales en que Gerson y Benedicto XIV, que le cita, reconocen las falsas revelaciones? En que sean revelaciones de cosas inútiles y curiosas ó que en ellas se encuentren cosas que, sin exceder la potencia divina, no sean, sin embargo, conformes á la sabiduría de Dios y á sus demás atributos. Así resume Benedicto XIV la doctrina de Gerson apropiándosela; y ved cómo el mismo Gerson se expresaba: «Tales cosas deben rechazarse inmediatamente como sueños indignos de una revelacion divina; y, en efecto, en las obras de Dios no resplandece sólo el poder, sino tambien la bondad, y esa sabiduría que en todas ellas se advierte. «Todo lo habeis hecho, dice el psalmo, dentro de la sabiduría.»

Hé aquí, señores, el lenguaje del teólogo. Evi-

dentemente este criterio es indispensable, pero no basta, porque no se sabe bien ó acaso se sabe demasiado lo que ciertas disposiciones físicas y morales, y las perturbaciones de la imaginacion, por ejemplo, producen en punto á ilusiones. «Puede suceder fácilmente á las personas de viva imaginacion, dice Benedicto XIV, que crean ver lo que no existe, que se les aparece lo que en realidad no aparece, y, sin embargo, sostienen haber visto y ser la vision de origen divino.» En otro sitio añade: «La imaginacion puede ser causa de muchos efectos y de muchas modificaciones y perturbaciones en nuestro propio cuerpo, ó en un cuerpo extraño.» Y enseña, en fin, que «por la imaginacion se ve á veces lo que no existe; se oye lo que no suena; se siente lo que no es capaz de producir sensacion.»

A estas ilusiones, tan extraordinarias en algunos momentos, es preciso unir la astucia del demonio, que se trasforma, como dice Benedicto XIV, repitiendo á San Pablo, «en ángel de luz», *transfiguratur enim se demon in angelum lucis*, y los engaños de los hombres, de que nunca se desconfía bastante.

Podríamos citar aquí, señores, en apoyo de estas observaciones, infinitas sentencias del Santo Oficio, descubriendo supercherías y castigando á los impostores que habian logrado ser creídos.

En 1857, por ejemplo, el Santo Oficio condenó á severas penas á Catalina Finelli, que, con hábiles invenciones, se hacia pasar por santa, «vanagloriándose de tener revelaciones, profecías, éxtasis, visiones, apariciones de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santa Virgen, y otros dones sobrenaturales y gracias particulares de Dios, en lo cual no habia más que engaño, jactancia, falsedades y traiciones».

Durante el pontificado de Pio VII fué condenada otra jóven, llamada Juana Marella, por hacer que aparecieran fraudulentamente crucifijos vertiendo sangre, y una imagen de Nuestra Señora de los Dolores que derramaba lágrimas; por enseñar tambien los estigmas que llevaba en los piés y en las manos, etc.

En 1747, bajo el pontificado de Benedicto XIV, una religiosa profesa del monasterio de Santa Clara de Chieri fué igualmente condenada por sus fraudes piadosos, y amonestados con severidad sus directores espirituales: *Directores prefata monialis acriter moneantur.*

El cardenal Albitius, que escribía á mediados del siglo XVII, enumera en su grande obra de *Inconstantia in fide* más de veinte condenas dictadas en su tiempo por igual causa.

Ya veis, señores, cuán legítimas son en esta materia las precauciones, y cuánto se equivocan

las personas llenas de sinceridad y de buena fe, al imaginar que no siguen las inspiraciones de la verdadera piedad, estando prudentemente en guardia, examinando con detenimiento y consultando el juicio de una razon sana, y al pretender que es más conforme á la verdadera religion, creer desde luego sin exámen y sin pruebas.

Dios, señores, que nos ha hecho racionales y libres, no puede obligarnos á obrar como si no tuviéramos razon, ni libertad. Si lo sobrenatural es siempre posible, si la fuente, como decia Fenelon, no está agotada, si Dios esparce cuando quiere su espíritu en sus servidores, no es ménos cierto, como decia San Ambrosio, que Dios no nos gobierna habitualmente por medio de revelaciones y de milagros.

Hay en la actualidad personas, que, en los malos tiempos que alcanzamos, no cuentan, al parecer, con esto. «Dios, me decia una con seguridad hace pocos dias, hará un milagro: Dios dará un gran golpe.» Y preguntándole yo, ¿cómo lo sabeis?—«Ya lo vereis, me contestó; no tengo ninguna prueba, pero estoy seguro de ello.» No es ésta ciertamente, señores, el lenguaje de la verdadera piedad, ni de una fe ilustrada.

Por regla general, los acontecimientos humanos se desarrollan conforme al órden providencial, pero natural, de las cosas humanas; las causas tienen sus efectos, y los efectos sus causas. A Dios sin duda pertenece el mando y direccion soberana; pero no es necesario para ello que intervenga siempre por medio de milagros. El hombre obra, y sus actos tienen consecuencias; éste es el órden habitual de las cosas. Pero olvidar en nuestros actos la razon y la prudencia, porque Dios dirige, como Señor Supremo, los acontecimientos humanos; dejarlo todo al acaso, y marchar temeraria y locamente, encargando en seguida á la Providencia que repare nuestras temeridades y nuestras locuras; alabarnos, en una palabra, de que nuestras faltas no tendrán sus naturales resultados, y que el porvenir no nos pedirá cuenta de nuestros errores, es, hablando como el Concilio de Trento, caer en esa falsa imitacion de la piedad que se llama supersticion, *falsa pietatis imitatio superstitio*.

En una palabra, es tentar á Dios, señores, y faltarle grandemente al respeto; eso no es fe ni es piedad, es iluminismo; y esta tentacion de la confianza presuntuosa y temeraria, ilusiona tan fácilmente á nuestra pobre naturaleza, que, para ponernos en guardia contra ella, Nuestro Señor ha querido enseñarnos por sí mismo á despreciarla y á vencerla: «Arrójate desde lo alto del templo abajo, le dijo el tentador: di á esas piedras que se conviertan en pan. *Mitte te deorsum*:

dic ut lapides isti panes fiant.» A estas sugestiones del ángel de las tinieblas, el Salvador contestó con la sencilla y profunda frase: «Atrás, Satanás, está escrito: *No tentareis al Señor, tu Dios: Vade retro, Satana, scriptum est enim: Non tentabis Dominum Deum tuum.*»

Si álguien hubo por cierto autorizado á contar con los milagros, era Nuestro señor, y no quiso, á fin de enseñarnos á no tentar á Dios, cuando, viendo nuestros asuntos en peligro ó perdidos, en vez de trabajar y de ayudarnos, como lo mandan las Santas Escrituras, *Viriliter age*, y de merecer por este camino el auxilio del cielo, no sabemos más que aguardar y predecir temerariamente milagros que nada nos autoriza á esperar.

No; quien en las cosas humanas se niega á razonar y á obrar como hombre razonablemente ilustrado por la fe, falta á un deber imperioso; no es digno de que Dios venga milagrosamente en su ayuda.

¿Y por qué estas miradas curiosas é indiscretas al porvenir? Existe, señores, lo desconocido que la sabiduría de Dios, salvo en casos excepcionales, que Dios es dueño de determinar, no quiere entregar á la impaciente agitacion de los hombres. «Qué, exclamaba Bosuet, el hijo de Dios habrá dicho que la ciencia del tiempo es uno de los secretos que su Padre ha reservado á su poder y queremos violar este secreto impenetrable y fundar nuestras esperanzas en un misterio tan oculto.» No, señores; no procuremos encontrar curiosamente en revelaciones extraordinarias la regla de nuestra conducta; no esperemos de ellas las luces y la direccion de nuestra vida. La Providencia no obra de esa suerte con los hombres, sino que respeta su libertad y su responsabilidad. Si pudiéramos levantar el velo que oculta y que ocultará siempre, salvo para algunos raros privilegiados, el porvenir, se diria con los fatalistas: «Está escrito» y no se comprenderia el deber de la accion valerosa y cristiana.

Y que no se responda. Yo desprecio el sentido humano, las miras humanas, y mi único guía es la fe, el sentido cristiano. No, no es el sentido cristiano el que os guia, porque él os dice *Probate Spiritus* y vosotros no los probais. La fe os dice: *Non tentabis Dominum Deum tuum*. ¿Y haceis otra cosa que tentarle con vuestras presunciones y con vuestras temerarias seguridades? Por ser cristiano no se deja de ser hombre, ni se está dispensado de obrar como hombre; el cristiano debe ser un hombre más razonable, más reflexivo, más sensato, más firme en la fe y en la virtud. El órden sobrenatural no destruye el órden natural; lo perfecciona. No hay derecho para pedir á la Providencia intervenciones milagrosas incesantes y

comunicaciones singulares; no hay derecho para suponerlo, no; y cualesquiera que puedan ser las atenciones divinas hácia nuestras necesidades, nuestros deseos ó nuestras virtudes, no estamos autorizados, ni para nuestra conducta particular, ni para el gobierno general de los negocios, á contar con favores excepcionales: no es permitido imaginarlo temerariamente, ni para nosotros ni para los demas, sea dando aplicaciones caprichosas á los oráculos de los Libros Santos, sea entregándonos ciegamente á las promesas de falsos profetas ó á las ilusiones de los iluminados. En una palabra. «*Nequis vos seducat ullo modo*, dice San Pablo.» No os dejéis seducir de ningun modo. Ahora más que nunca conviene recordar esta grande y sábia advertencia del apóstol

El Santo Padre además, señores, no nos permite olvidarla. Nádíe como él ha recomendado á los cristianos la confianza y la oracion, y nádíe como él ha dado al mundo, en medio de las más crueles pruebas, un ejemplo tan bello y conmovedor. Pero en cuanto á esas vias extraordinarias, contrarias, segun la frase de San Francisco de Sales, á la sencillez de la fe; en cuanto á esos profetas sospechosos que van repitiendo: «El Señor ha hablado, el Señor ha hablado», cuando el Señor no ha hablado, escuchad lo que los periódicos religiosos de Francia y Bélgica nos refieren que el Santo Padre decia en su alocucion de 9 de Abril de 1872:

«Yo no concedo gran crédito á las profecias, dice el Papa, porque, con especialidad las hechas recientemente, no merecen el honor de ser leídas.» Y pocos meses más tarde, en la alocucion de 5 de Julio del mismo año, añadia: «Circulan gran número de profecias; pero creo que son fruto de la imaginacion. La verdadera profecia consiste en resignarse á la voluntad de Dios y en hacer el mayor bien posible.»

¿Qué son, en efecto, señores, casi todos esos volúmenes de profecias que la especulacion de los libreros lleva á todas partes, y esa multitud de profetas que aparecen de pronto, y esos oráculos que cada cual interpreta temerariamente á su gusto, sin saberse con frecuencia ni el origen, ni la autenticidad, ni el sentido; fórmulas vagas, oscuras, ridículas, apareciendo como raros é incomprendibles enigmas, prestándose á toda clase de comentarios; donde se puede ver cuanto se quiere, y, á veces, tan precisas y detalladas, que enseñan toda la historia de un siglo, los nombres propios, las fechas, los hechos; que se las acomoda á lo porvenir y al porvenir próximo, como al pasado, salvo cambiar de repente la explicacion, si los acontecimientos echan por tierra las predic-

ciones, haciéndose á sí mismos reveladores y profetas? ¿De dónde vienen esos extraños visionarios? ¿Quién les envía? ¿Desde cuando quiere Dios que se arregle la conducta á tales oráculos? Decís que Dios ha querido presentar á vuestra vista la série de acontecimientos para siglos ó para años, el oscuro porvenir; y ¿qué signo, qué prueba tenemos de que esas pretendidas revelaciones vienen de Él y de que debemos consultar y obedecer esos nuevos libros sibilinos? Ninguna. Se ve razon suficiente y de todo punto digna de Dios en la série de esos grandes oráculos bíblicos, realizados tan maravillosamente por el Evangelio y en la historia del pueblo de Dios; pero ¿cómo explicarse esas revelaciones apócrifas, dormidas tan largo tiempo en el polvo y en el olvido y sacadas de repente á luz, en el momento en que la curiosidad pública sobrecitada las llama y en las cuales, para comprender alguna cosa, necesitaria evidentemente el intérprete una nueva revelacion? Porque todos los medios de interpretacion y de critica son aquí vanos, encontrándose uno sin criterio formal de ningun género, en vía de aventuras, expuesto á todos los engaños de la ilusion, á todas las fantasias de la quimera, incapaz, por tanto, de determinar la conducta que ha de seguirse y autorizado, desde entónces, á la más legitima sospecha y al derecho de despreciar la profecia. ¿Son estas las vias dignas de Dios? ¿Es esta la señal y marca característica de las obras divinas?

FÉLIX DUPANLOUP,
Obispo de Orleans.

(*Le Correspondant.*)

La conclusion en el próximo número.

NATACHA.

(Continuacion.) *

Entré en el cuarto, al pasar me miré al espejo y no me reconocí. ¿Te acuerdas de un cuadro antiguo que tengo en el despacho, figurando un hombre en éxtasis, embriagado por el *hatchisch*?; pues tenia el mismo aspecto. Miraba delante de mí con los ojos desmesuradamente abiertos y no advertia los objetos, cual si contemplara fuera del mundo una vision de ideal felicidad; andaba con la inseguridad que produce la embriaguez. Esta embriaguez estaba en todo mi sér, en el corazon, en la cabeza, en cada molécula de mi sangre, que corría frenética por las venas, y la nueva y abrasadora atmósfera que en mí formaba la pasion dichosa me enloquecía, siendo imposible ordenar el

* Véanse los números 6 y 7, páginas 184 y 207.

caos de ideas que se atropellaban en la mente. Verdad es que rechazaba con terror la reflexion cuando acudia, por costumbre, á mi cerebro, conociendo que, sólo á este precio, podia ser feliz.

Olvidando todas las cosas y cerrando los ojos, me abandoné al vértigo, lleno de estremecimientos fuera de los cuales nada podia ni queria saber. Sentia una llama que de vez en cuando atravesaba mi organismo, sacudiéndolo violentamente. Sufria desfallecimientos y súbitas reacciones, durante las cuales las lágrimas acudian á mis ojos. Una sensacion apagaba otra, y era víctima de la dicha que me embriagaba.

Así pasé el resto de la noche, y, por la mañana, era tal la tension de mis nervios, que no sabia si velaba ó soñaba, observando vacios en la sucesion de mis confusas ideas y perdiendo en algunos instantes la sensacion de mi existencia. Los detalles de lo ocurrido se borran en mi memoria, conservando tan sólo en ella la impresion de un objeto luminoso cuyo contorno en vano queria determinar. La postracion del cuerpo venció por fin al espiritu, y, cayendo sobre un sofá, dormí durante muchas horas con sueño de plomo.

No eran ciertamente de loco las reflexiones que hice aquel dia, sino de hombre casi sensato que se encuentra en la situacion más llena de dificultades que imaginarse puede.

Una imprudencia, una emocion involuntaria, la menor torpeza podia comprometer para siempre la felicidad y el reposo de un alma que queria más que á mi vida. Comprendí la necesidad de presentarme tranquilo y sereno, no sólo por mí, sino acaso tambien por ella. Apresuradamente fijé el plan de conducta que debia seguir hasta que viese de nuevo á Mme. de V... La imágen del general aparecia amenazadora ante mis ojos... amenazadora para mi felicidad. Alegaria contra mí toda la fuerza de sus derechos, más legitimos, sino más sagrados que los míos.—¿Seria preciso matarle?—Esta idea me horrorizaba. ¿Qué mal me habia causado aquel hombre, tan pequeño, tan insignificante, tan lejos de ella bajo todos conceptos, que ni siquiera podia inspirarme celos?—¿Me dejaria matar por él?—Sea... ¿Pero, y ella! La resolucion de no defenderme, si las circunstancias nos obligaban á jugarlos la vida, acalló mi último escrúpulo. Puesto de acuerdo con mi honor, pensé tan sólo en el amor mio.

Bajé á cosa de la una. En el entresuelo habia dos ó tres salones, donde se reunian los huéspedes para hablar, leer los periódicos y tocar el piano. Cuando entré habia muchas personas, entre ellas el general de V... Acercóse á mi, alargándome la mano, con la sonrisa en los labios y reflejando su rostro la cordial simpatía que,

por fatal capricho de la suerte, le inspiraba.

—Buenos dias,—dijo alegremente.—¿Cómo va? ¿No os han muerto las ocho horas de luna sufridas con tan caballeresca abnegacion? Mi mujer debe estaros reconocida. Yo he dormido como un liron y no lo siento. Por grande que sea la belleza que hayais admirado, de seguro no vale lo que un buen sueño.

Es imposible referir la sensacion que me produjo la franca sonrisa é ingenua palabra del hombre en cuyas manos se encontraban en aquel momento mi vida y mi felicidad. Le miré asombrado, cual si de pronto se hubiera convertido en un sér especial de la creacion, cuyas palabras, ademanes é ideas tuviesen para mí terrible significado. Casi me sentia dispuesto á odiarle por su alegría y por la absurda confianza de que hacia alarde. Su seguridad me humillaba, y más aún el hacérmela sufrir.

—¿Sigue bien Mme. de V?...—le pregunté, comprendiendo la necesidad de pronunciar esta frase de mero cumplimento.

—Creo que sí, gracias; no la he visto esta mañana. Decidme, ¿es un filtro lo que teneis ó un talisman?

—¿Un talisman, general?

—Sí, sí; fingios modesto, la verdad es que á todas estas señoras habeis caido en gracia, y no os supongo ingrato hasta el punto de no advertirlo. Hace un instante hablaban de vos y era un concierto. No os diré cuanto he oido por temor, amigo mio, de que os enorgullezcáis demasiado; pero Mme. Diloir llegó hasta indicar que... Allí la teneis, mirándoos fraudulentamente por encima de las páginas de la novela que finge leer.

Arrellenada en ancha butaca Mme. Diloir tenia en efecto un libro abierto en la mano, mientras que sus ojos se dirigian de un punto á otro, expresando, sin disimulo, la impaciencia y el aburrimiento; en este paseo tropezaron con los míos, y me ví obligado á sentarme junto á ella.

—¿Qué libro es ese que no leéis?

—¿Este libro? Supongo que será una obra excelente, pero me aburre. Es la historia de dos enamorados que, pudiendo ser muy dichosos, son muy desgraciados, á causa de la moral que el autor embute en ella, por lo cual prefiero leer la historia tal y como mi corazon la sueña.—Al terminar esta frase sonrió y suspiró.

Aquella mañana se habia vestido con más coqueteria que de costumbre; su bata de muselina era una maravilla de pliegues y ahuecados, y su cabeza un bosque de bucles, por entre los cuales asomaba descaradamente un clavel rojo, puesto sobre la oreja. Por rara casualidad, ni Mr. Diloir, ni su admirador ordinario giraban en aquel mo-

mento dentro de la órbita de los referidos encantos, lo que aumentaba sin duda el humor belicoso de que la veía poseída. En la atmósfera que la rodeaba se sentía el olor á pólvora y á pelea, de que hubiera hecho poco caso si ella no la aspirase con delicia, esponjándose, como las flores al sol, bajo la excitante influencia de su propia coquetería. Hasta mi misma frialdad, que confusamente advertía en las breves contestaciones, sirvió para estimularla. La resistencia irrita á la mujer como á la ola; ambas se arrojan contra el obstáculo, y contra él se rompen. Mme. Diloir hacia lo que la ola; quebrarse y esparcirse en copos centelleantes, que eran otras tantas sonrisas, muecas tímidas y provocadoras, frases ingeniosísimas que la paristen encuentra siempre en su vocabulario. Al cuarto de hora me había cansado y me levanté.

—¿Me abandonais ya? ¿Dónde vais? ¿Dios mio qué indiscreta soy! Perdonadme, y prometedme al ménos que sereis de los nuestros esta tarde. Hacemos una excursión á no sé qué torre arruinada. Vendreis con nosotros, ¿no es verdad? Os lo ruego.

—Si puedo, señora, tendré gran placer en acompañaros.

—¿Si podeis? No es una contestación muy amable. Vos podeis todo lo que quereis.

Sabiendo que no vería á Mme. de V... ántes de la tarde, salí de la fonda, bajé al muelle, monté en una barca, y, remando vigorosamente, llegué al centro del lago. Allí levanté los remos, me acosté en el fondo de la lancha y la dejé que la meciesen las aguas. En medio del profundo silencio, entre la inmensidad azul del cielo y la azul profundidad del lago, me puse á escuchar mi corazón. Larga fué la historia que me contó. Olvidando por un momento los peligros y las dificultades de toda especie que era preciso vencer, no oí más que el cántico de amor que exhalaba mi alma, como himno de triunfo. Parecido al personaje de los cuentos árabes que se duerme cubierto de harapos y despierta con el traje bordado de oro de un príncipe, en mí se había infundido nueva vida y no era el mismo hombre. Respiraba con más anchura; los errores, las debilidades y las miserias de mi pasado me avergonzaban, no comprendiéndolas. Mi falta de fe la creía un crimen. Había dudado cobardemente de la felicidad, porque la felicidad tardaba en venir, y ahora que la tenía ante mi vista, radiante, con la sonrisa en los labios y el corazón lleno de esperanzas, me creía indigno de tanta dicha, y no me atrevería á mirarla cara á cara, cual si ántes necesitara hacer penitencia de rodillas y recibir de una mano amada el perdón de mis dudas.

El deseo de vivir invadió mi alma á torrentes, y la fe me devolvía la juventud, más bella, más fuerte, más llena de ilusiones. El porvenir se me aparecía risueño, como las olas llenas de sol que movía la brisa alrededor de la barca. De vez en cuando un vapor pasaba á algunas brazas de mí, viniendo á mecer la lancha las aguas removidas por su quilla, que chapoteaban á lo largo de las bergas y se quebraban contra las rocas sonoras, produciendo el ruido de perlas que caen en fuente de plata. La tranquilidad se restablecía despues, y con ella el silencio.

La sombra de la montaña empezó á bajar al lago y arribé á la orilla, ébrio de soledad, de luz y de amor. Pronto debía desaparecer la embriaguez.

A la hora de comer, el general se presentó sólo y oí que decía á alguno:

—Mi mujer está fatigada y no bajará esta tarde.

Todas mis ilusiones desaparecieron instantáneamente. Las busqué dentro de mí y no encontré una sola. Desde aquel momento tomaron para mí los objetos exteriores un tinte sombrío y glacial. Algo que se había dilatado en mi corazón se contrajo dolorosamente.

Al terminar la comida subimos á los carruajes que nos esperaban. Mme. Diloir no me había olvidado, y, á la ida, me embolsó concienzudamente con dos amigas suyas en una carretela descubierta. A la vuelta aconteció que todos los asientos estaban ocupados ántes de que ella tomara el suyo, y quedaba sólo un pequeño tilburí que yo había alquilado para la expedición.

—¿Quereis llevarme, caballero?—dijo, acercándose á mí con la sonrisa más cándida, é instalándose en el estrecho asiento del carruaje.

—Os advierto, señora,—dije al coger las riendas,—que el caballo es de mucho genio, y si tenéis miedo, por poco que sea, lo mejor que podriais hacer...

—¡Oh! no tengo miedo... Al ménos no tengo miedo á romperme la cabeza.

—Sin embargo, me parece que hariais bien en consultar á vuestro esposo.

Por toda contestación cogió la fusta, castigó al caballo que empezó encabritándose, y partimos á un galope de mil demonios. Puso de nuevo la fusta en mis manos y me dijo mirándome:

—No soy yo quien tiene miedo, sois vos. ¿Por qué huís de mí?

—Yo no huyo de vos. ¿Por qué he de huir?

—No lo sé; sois tan impenetrable...

Un diálogo empezado de esta suerte prometía. La carretera que seguíamos era ancha y recta, bordeando de un lado el lago y limitándola del otro una línea de quintas, cuyos jardines embal-

samaban la atmósfera. Un rayo de luna nos arrojaba torrentes de luz, dibujando las hojas de los árboles en el verde tapiz del suelo.

Mme. Diloir hablaba. Yo oía las palabras, pero mi atención impaciente no alcanzaba siempre su sentido; y el rumor de las frases, sirviendo de acompañamiento á mis ideas, sólo de vez en cuando lograba interrumpirlas. Entónces era cuando cogía el hilo de la conversacion, encontrando en mi oído y comprendiendo las palabras pronunciadas.

Estaba muy conmovida, pero, léjos de comunicarme su emoción, me inspiraba alejamiento. Permanecía frío, y, sin embargo, el contacto con aquella pasión lanzaba mi alma con mayor viveza en la corriente de sus propias preocupaciones. Al oír ciertas inflexiones de su voz me estremecía: hablaba de amistad, de abnegación, de simpatía, el rosario de siempre; pero, contra la costumbre, artísticamente engranado, haciéndolo con tacto y con todo el ingenio que el asunto requería. Su discurso era una obra maestra de talento, coquetería y sensibilidad, cuyo único defecto consistía en dirigirse á oídos sordos, mereciéndolos muy atentos. Debía juzgarme rematadamente necio. Cuando subíamos al paso la calzada que conduce á la fonda, empezó á faltarle la paciencia.

—¿No teneis nada que decirme?

Faltaba un cuarto de hora de camino y, en conciencia, no debía callar tanto tiempo, porque hasta mi silencio, equivocadamente interpretado, podría ser imprudente.

Pedí un esfuerzo á mis nervios é improvisé entónces *in extremis* un discurso tan grave cuanto moral para convencer á mi compañera de lo indigno que yo era de su entusiasta simpatía. Nuevo para mí este género de elocuencia, quizá por ello me salió bien. Mme. Diloir debía creerse al pié del confesionario, y yo esperaba de un momento á otro verla persignarse. Si sufrió un desengaño, no lo manifestó, escuchándome hasta el fin sin pronunciar palabra.

Cuando llegamos, ántes de bajar del carruaje, me alargó la mano.

—Sois el hombre más extraordinario que conozco—me dijo.—Debería odiaros y no puedo. Creedme demasiado amiga vuestra... demasiado.

No sólo tenía demasiada amistad, sino demasiada paciencia.

Pasé parte de la noche en el balcon, desde donde veía los de la habitación de Mme. de V... Todos estaban á oscuras, ménos el del cuarto del niño Jorge, en cuyas persianas oscilaba el resplandor de una lamparilla. Figuréme que estaría allí al lado de su hijo. ¿Qué hacía? Rezar; acaso llorar...

¿Pensaría en mí? Mi deseo de volverla á ver era inmenso. El día que acababa de pasar, sin haber oído una palabra de su boca, había exaltado todas mis facultades hasta el delirio. Los sucesos de la vispera empezaban á tomar en mi ánimo una apariencia fantástica, convirtiéndose la realidad en ensueño. Mi alma toda no era más que un deseo dirigido á ella con desconocida violencia, y no podía comprender cómo las paredes que nos separaban, no caían cual fantasmas, carcomidas por mis ojos fijos en ellas. Pronunciaba en voz baja su nombre, cuyas sílabas me acariciaban al quemarme los labios, y alargaba las manos en medio de la noche silenciosa y adiamantada. Sentía en el ambiente ráfagas embriagadoras, efluvios simpáticos como el roce de besos fugitivos. Apoyada mi frente en el mármol de la balastrada, hubiese llorado en algunos momentos; tan enervado estaba mi espíritu.

La mañana del siguiente día la pasé en un estado que con facilidad puede comprenderse. No podía hacer nada. Quise leer y el libro se cayó de mis manos; quise detener mis ideas durante un minuto, fijándolas en cualquier cosa, y no era dueño de mis ideas. A la penosa sensación de espera que sufría durante treinta y seis horas, añadiase no sé qué vaga inquietud. No temía nada concreto, y confusamente lo temía todo. Por el único hecho de correr, sin cambio alguno, el tiempo obraba como disolvente.

Al medio día bajé al jardín, porque la soledad de la habitación me era insoportable.

Encontré allí paseando con su aya al niño Jorge, sin jugar, pálido y triste. Al verme se lanzó como de costumbre á mis brazos.

—¿Qué tienes, hijo mío?—le dije sentándole sobre mis rodillas.

Dos lágrimas aparecieron en sus ojos.

—Quiero ver á mamá,—me contestó en voz baja.

—Vuestra mamá duerme, Jorge, y no podeis ir á su habitación, ya os lo he dicho,—advirtió el aya.

El niño, sin replicar, estrechó su cuerpo al mío con un suspiro de resignación y de tristeza.

—Este niño tiene algo. ¿Está enfermo?—pregunté al aya.

—No, señor. Es que no puede pasar día sin ver á su mamá, y ayer no la ha visto.

Esta sencilla frase me alarmó.

—¿Mme de V... está enferma?

—No, señor... Al ménos no lo creo... Pero ha prohibido que entren en su habitación.

Miré al niño. La desesperación de aquella criatura me partía el alma. Era su dolor un dolor mudo, impropio de su edad. Su cara era en aquel momento vivo retrato de la de su madre, y besé sus grandes y hermosos ojos.

—No llores, hijo mio, tranquilízate. Pronto verás á tu mamá; te lo prometo.

Esta seguridad y mis caricias le animaron algo, y devolviéndole al aya, me alejé.

La sensación de esta escena me fué muy penosa. Sin contar que el dolor del niño pesaba en mi corazón como un remordimiento, su aspecto reavivó todas las ideas que hasta entonces había logrado acallar, y estas ideas no eran gratas. Comprendía que, para desterrar á su hijo de su presencia, habría sufrido mucho, y no me atrevía á calcular de un modo exacto la lucha en aquella alma, retrocediendo asustado ante la luz que empezaba á brillar en mi espíritu.

Procuraba formarme una razón nueva. Si su amor, decía para mí, es una falta que alarma su conciencia, sólo podrá olvidarla en mis brazos, porque sólo en ellos no tendrá que ruborizarse.

Cien argumentos parecidos no me devolvían la calma, encontrándome como perdido en un laberinto donde, falto de guía, á cada vuelta hay que desandar camino. Mi tormento mayor era su inexplicable silencio.

A la vuelta de una alameda me encontré frente á frente con el general, que caminaba pensativo. Lo mejor que podía ocurrirme en aquel momento era una explicación, y esperé con impaciencia su primera frase. Háblome en su tono habitual de cosas indiferentes, y, al poco rato, me abandonó, dirigiéndose á la ciudad. Volví á mi cuarto esperando encontrar alguna noticia. No había ninguna. A cada minuto aumentaba mi angustia, y en una hora acogí y rechacé veinte veces la idea de escribirle, redactando por fin la siguiente carta:

«He sabido, señora, que estais enferma. ¿Me permitis que vaya á preguntaros el estado de vuestra salud?»

Esta carta podía caer, sin peligro, en manos de todo el mundo. La envié con mi ayuda de cámara y bajé al salón de lectura, porque en mi habitación me ahogaba.

El salón estaba desierto á aquella hora, las ventanas abiertas y corridas las cortinas. Fuera del edificio el calor era sofocante, abrasando un sol de plomo, una atmósfera inmóvil. Me senté, cogí un periódico cualquiera y esperé, escuchando, con una tensión de nervios incomprensible, el vaiven de la casa.

A cada ruido de puerta que se abría esperaba ver entrar á Mme. de V... ó á alguien que de su parte me trajera la contestación. El péndulo del reloj acompañaba mis pensamientos, y la monotonía de aquel tic-tac, midiendo al parecer mis angustias, tenía algo horriblemente irritante. De vez en cuando entraba algún insecto en el salón,

interrumpiendo con su zumbido el silencio; deteníase un momento en las flores y volvía á marcharse.

Pasó una hora... pasaron dos... tres... y nada. No hay suplicio que se asemeje al de verse condenado á la inacción, cuando devora el alma la ansiedad de hacer algo. Se cree uno libre y está aprisionado. El obstáculo invisible que os detiene es cien veces más fuerte que los barrotes de hierro y los muros de granito. Contra una fuerza brutal se lucha, pero no se lucha contra la fuerza inerte de las cosas, porque os paraliza y llega á perderse la noción de la voluntad. Las horas se arrastran lentas y vacías, ciento por cada minuto, y parece que los minutos retroceden.

Las conjeturas más contradictorias me ofuscaban la mente. No podía imaginar que ignorase la inquietud que me causaba su silencio; pero ni siquiera entreveía los motivos que la obligaban á dejarme en la más cruel incertidumbre. ¿Por qué no me había de escribir cuatro letras, diciéndome su voluntad y permitiéndome, al ménos, obedecerla? Una idea que había rechazado muchas veces llegó á fijarse en mí con tenacidad; la de que el general no era extraño á lo que sucedía. Los hombres sencillos en la apariencia tienen á veces singular poder para el disimulo, y su conducta conmigo ayer y esta mañana no probaban nada en contrario. Podía haber sabido la verdad ó, al ménos, haber sospechado algo y adivinado lo demás. Esto no era imposible, ni siquiera improbable. Su primer cuidado en tal caso sería ganar tiempo, y explicándose así lo que me había parecido oscuro. ¿Qué proyecto tenía? Lo ignoraba; pero, á medida que esta idea adquiría la fuerza de una convicción, veía trazarse la línea de mi conducta.

Desde el principio, es decir, desde el primer minuto en que pude reflexionar, había tomado determinaciones irrevocables en muchos puntos esenciales. Ni durante un segundo admití la posibilidad de una participación, rechazando para ella y para mí la vergüenza de unas relaciones á la sombra del domicilio conyugal. Mi proyecto consistía en suplicar á Mme. de V... que me siguiera, aceptando mi vida como yo se la daba, entera y sin reservas. Para esto era preciso que tuviese con ella una entrevista previa, y sólo cuando estuviera seguro de su decisión, debía provocar una explicación decisiva con el general; pero, ante el nuevo aspecto que las cosas tomaban, esta explicación no debía retardarse, ni era decoroso que permitiera al general iniciarla. Resolví, pues, hablarle en el resto de la tarde, si ántes no ocurría nada de nuevo, pues, aunque vaga, conservaba todavía en mi corazón la esperanza de ver á madame de V...

A cosa de las seis oí el roce de un vestido en el suelo. Toda mi sangre afluyó al corazón. Era Mme. Diloir que entró arrastrando un mar de muselina, con aire tan vencedor y sonrisa tan triunfadora, que involuntariamente busqué algo detrás de ella. En efecto, el marqués la seguía como ferviente neófito, contemplándola con éxtasis de fakir y no atreviéndose á levantar los ojos hasta ella, por miedo á revelar el secreto de su dicha. Dejó caer ella el abanico, bajóse él para cogerlo, y al rozar su mano con el desnudo brazo, le ví palidecer. No se necesitaba tanto para saber la verdad. Tenia á la vista el resultado de mi sermón; sin quererlo, habia construido con mis propias manos el edificio de la felicidad del marqués. La misma Mme. Diloir procuraba no dejarme duda. Al pasar junto á mí se detuvo un momento, mientras yo la saludaba, y me lanzó una mirada en la que se confundian la provocacion, la cólera y una especie de rencor satisfecho. No pasó de ahí. El resto de la noche fingió ignorar completamente mi presencia.

El general no asistió á la comida. A cosa de las ocho le vi en el salon de fumar. Dos ó tres personas que estaban con él se retiraron al poco tiempo, quedando los dos solos en la anchurosa habitacion, espléndidamente iluminada.

—¿Queréis que juguemos un rato?—me dijo.

—Esta noche no, general. ¿Me permitis que tratemos algunos momentos de un asunto importante?

—Sí; con mucho gusto. ¿Queréis que hablemos aqui? Tomad un cigarro.

—Gracias, general.

—¡Diablo! Supongo que no habrá ocurrido nada desagradable. ¿Estais enfermo? ¿Os encuentro demudado?

—Os suplico, caballero, que me escucheis.

Durante diez minutos mi voz resonó en la espaciosa sala, y, aunque muy baja, tenia en mis oidos una sonoridad aterradora. Cada silaba que salia de mi boca se acentuaba con una nitidez metálica. A mis primeras frases el general exhaló una exclamacion mal contenida, despues su rostro fué perdiendo el color, y su mirada la fijeza. Entónces adquirí la evidencia de que nada sabia. Mi declaracion le heria como el rayo. Cuando terminé, dió dos vueltas á la sala, pisando tan fuerte, que casi rompía el pavimento; sus anchas espaldas se habian encorvado de pronto, y, al andar, oscilaba todo su cuerpo. Respiró ruidosamente y vino á colocarse frente á mí.

Pasé entónces el minuto más angustioso de que tengo memoria. Una frase lo resume todo. Me ví obligado á estimar y casi admirar á aquel hom-

bre. Olvidando su propio dolor y la ofensa mortal que le habia hecho, me habló de ella; y notábase en lo que decia una ternura, un respeto, una devocion ante la cual era preciso inclinarse involuntariamente. Su figura misma parecia cambiada; sus facciones se habian ennoblecido; su voz, su gesto, su mirada, mandaban. Si me hubiera pedido la vida, de seguro accedo con gratitud; pero no pensaba en tal cosa. Mi vida y la suya parecianle de escasa importancia, comparadas con la existencia de aquella cuyo reposo podia verse para siempre comprometido. Era su único pensamiento y, al recibir un golpe que tan rudamente le afectaba, su primer cuidado fué extender los brazos para protegerla. Con una abnegacion tanto más grande cuanto que parecia inconsciente, prescindia de su persona, y su principal, su única preocupacion era el efecto que estos sucesos pudieran causar á ella; por ella sufría tan sólo y por ella buscaba, con mortal angustia, luz en aquel caos.

Sólo al través de esta idea me miraba. Sin darme cuenta, lo advertia en sus ojos. Mientras ella viviese ó mientras me amase, respetaria mi existencia. Lo confieso: en aquel momento le envidiaba, viéndole grande, como el hombre de la abnegacion; y viéndome á su lado pequeño, como el que aprovecha el sacrificio. Mi felicidad era un robo que le hacia. Le hubiera querido odiar y una fuerza irresistible me obligaba á respetarle.

En estos ó parecidos términos me dijo al fin su resolucion:

—Puesto que el infortunio ha permitido que todo esto suceda, procuremos al ménos, caballero, evitarle dolores inútiles. La devolveré el derecho de decidir de su suerte. Su felicidad es lo único á que, por el momento, debemos atender; pero ántes es preciso... sí, es indispensable que os vuelva á ver.

Dió nuevamente algunos paseos, meditando una idea que acaso era una esperanza.

—Sí; es preciso que os vuelva á ver—continuó,—porque no puedo creer que todo esto sea definitivo. No; hay algo que no comprendo, que mi alma se niega á aceptar, y sin embargo...—dijo exhalando un suspiro. No terminó la frase.

Pasados algunos instantes, continuó:

—La volveréis á ver; hablareis con ella. Os prometo que ántes no me oiré ni una palabra por la que pueda sospechar que sé la verdad. Decidirá de su suerte con completa libertad y me someteré á su resolucion; pero, cualquiera que sea, espero vuestra palabra de honor de que tambien la obedecereis, siendo para vos tan sagrada é irrevocable como para mí. Si su determinacion os es desfavorable no la aflijais más con vuestro dolor; si

no lo es, cuidad de ella; ya creo haberos dicho que no es fuerte y las emociones violentas pudieran matarla; evitadlas á su corazon.

Al decir esto, una sombra de enternecimiento pasó por sus alteradas facciones. Retorcía nerviosamente la punta de su bigote, y sus cejas se contrajeron, queriendo sin duda rechazar una idea, acaso una emocion importuna. El modo como aquel anciano hacia frente á la desgracia era heróico; su dolor severo y mudo infundía el respeto de la magestad.

Hice, con las saveldades que las circunstancias exigian, la promesa que me pedia el general. Despues me levanté y le saludé. Acompañóme hasta la puerta del salon.

—Os he dado mi palabra de que no sabrá nada. Por vuestra parte no le habéis de mí.

A cosa de las diez me entregaron la siguiente carta de parte del general.

«Presentaos mañana al medio día y sereis recibido. He anunciado una excursion, y desde por la mañana me ausentaré.»

Mañana era dentro de algunas horas. El resto de la noche lo he pasado escribiendo esta carta que no sé si te enviaré, porque es imposible que prevea lo que haré ó lo que será de mí dentro de veinticuatro horas. Ha llegado el momento de esa gran batalla en que, por única vez en la vida, se juega el todo por el todo. No se trata de una escaramuza, no; se trata de cosa tan seria como la vida, como la muerte, como todo lo que es fatal é irrevocable. ¿Cuál será para mí el resultado de esta batalla? Lo ignoro, amigo mio. Lo único que sé es que la amo con locura.

Revue des Deux Mondes.

(La conclusion en el próximo número.)

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Sociedad de biología de Paris.

28 MARZO.

M. Vaillant presenta el caso curioso y bastante raro de un pequeño huevo dentro de otro. Al contrario de lo que se ha visto en otras ocasiones, los dos huevos estaban completos y enteros.

—M. Paul Bert refiere las importantes observaciones respiratorias hechas por MM. Croce-Spinelli y Sivel en su última ascension aerostática. Partieron el domingo 22 desde la fábrica de gas de la Villette en un globo que recorrió 1.500 metros en menos de cuatro minutos. Llegaron sin novedad hasta 5.500 metros, pero en aquel momento M. Croce-Spinelli empezó á experimentar los diversos sintomas que caracterizan la enfermedad de las montañas; resistió algun tiempo y despues respiró, para combatir dichos sin-

tomas, oxígeno al 40 por 100, mientras el globo continuaba su ascension, llegando hasta 7.400 metros. La columna barométrica era de 30 centímetros, y media precisamente la disminucion de presion, á la cual se habia acostumbrado en el aparato que M. Bert habia puesto á su disposicion. A dicha altura M. Croce-Spinelli estaba casi ciego; la tierra le parecia gris y el cielo negro. Esta es la impresion experimentada por todos los aeronáutas, pero es una ilusion producida por el principio de asfixia que ocasiona la rarefaccion del aire. En efecto, le bastaba á monsieur Spinelli aspirar alguna cantidad de oxígeno para ver claramente las ciudades y las calles, los campos y sus diferentes cultivos; y gracias á las inspiraciones de oxígeno, pudo hacer importantes observaciones sobre la desaparicion de la raya espectral del vapor de agua, y resolver á favor del sabio francés el debate entre el P. Secchi y M. Janssen. M. Spinelli no podria, en efecto, apreciar los rayos del espectro solar sin el socorro del oxígeno; pero con su ayuda ha observado que el primer color que deja de percibirse es el rojo.

M. Sivel experimentó al bajar los mismos trastornos que habia experimentado M. Bert en su aparato de la Sorbona. A los 5.000 metros su debilidad muscular era tan grande, que, aunque persona robusta y fuerte, no podia coger los sacos de lastre y arrojarlos por encima del borde de la barquilla. Una inspiracion de oxígeno bastaba para hacerle posible esa maniobra, á consecuencia de la cual el globo se elevaba rápidamente. Se puede, pues, asegurar que el empleo del oxígeno ha contribuido poderosamente, de una manera muy indirecta sin embargo, á hacer subir un globo á la altura considerable de 7.400 metros.

La experiencia es, por lo tanto, completa bajo todos los puntos de vista, y demuestra evidentemente que se pueden remediar los trastornos funcionales ocasionados por la disminucion de tension del aire, por medio de inspiraciones de oxígeno. Resulta, pues, que la cuestion, bajo el punto de vista científico, está casi resuelta tambien en el terreno práctico; y sólo falta construir un aparato automático que permita hacer inspiraciones de un aire tanto más cargado de oxígeno cuanto sea menor la presion; aparato que M. Bert presenta ya casi definitivo en un globo de cautchuc lleno de aire, cuya dilatacion está en proporcion inversa de la presion, y sirve de regulador, puesto en la embocadura de un tubo por el cual se verifica la absorcion del aire atmosférico.

Academia de Medicina de Madrid.

9 ABRIL.

El Sr. Casas de Batista continúa ocupándose del empleo de los anestésicos en el parto, y habla de la eclampsia, complicacion que, aunque bastante rara, puede presentarse, ántes, durante y despues del parto en la forma de convulsiones opopleitiformes. Las estadísticas arrojan por termino medio un caso por cada doscientos; pero respecto á su curacion hay gran diversidad de opiniones, pues mientras Simpson asegura haber curado con el cloroformo diez y ocho de diez y nueve casos de eclampsia, un interno de la facultad de Paris publica nueve casos tratados por el cloroformo, de los cuales murieron siete.

El Sr. Alonso Rubio habla en contra del uso de los anestésicos, y se funda en que la inmensa mayoría de los partos son fisiológicos, y la fisiología no necesita la terapéutica; ésta se ha hecho para la patología y no para la fisiología. Simpson, el inventor de la anestesia, la empleaba hasta quitar el dolor, pero dejando intacta la conciencia. La eclampsia no es una congestión, sino un accidente accésional.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

En una época en que tantos destrozos han cometido algunas corporaciones populares de las provincias en los monumentos artísticos de las localidades, bien merece que tributemos nuestros plácemes al ministro de Fomento por haber ordenado que se conserven cuidadosamente los restos del Alcázar de Segovia.

También se ha mandado que se conserven las murallas de Zamora, y con especialidad las puertas de doña Urraca y San Fernando, teniendo en cuenta su mérito artístico y su importancia histórica.

Se han expedido cédulas de privilegio de invención por cinco años, á favor de D. José y D. Jaime Bertran, de Barcelona, por un aparato de regularización aplicada á las máquinas de vapor; á don José Jimenez Novellos, de Buitrago, por un aparato que sirve de fuerza motriz con ventajas económicas; y á D. Martin Sanz, de Madrid, por una máquina para multiplicar la fuerza impulsiva sin pérdida de tiempo ni velocidad.

En el teatro Real de Oporto se ha cantado una ópera española del maestro Reparaz, titulada: *La Renegada*, que obtuvo buen éxito, y cuyos principales intérpretes han sido la Conti, Belardi y Massi.

En el campo de Liria, Valencia, se han encontrado en diferentes ocasiones multitud de objetos romanos; y ahora, en un huerto que posee el notario D. Juan Francisco Porcar, en el llano llamado *del arco*, por conservarse en él los restos de un grande arco romano, se han hallado una porción de abalorios de barro, extriados y plateados, que indudablemente debieron servir como adorno en las remotas épocas en que se enterraron. En el mismo huerto, de donde se han extraído otras veces chapiteles y restos de columnas de varios órdenes, se descubrió hace algun tiempo un gran bloque de piedra, en el que, en caracteres de la mejor época de Augusto, de unas tres cuartas de palmo, se lee la siguiente inscripción: TABUSG. Otros bloques de igual naturaleza parece que existen enterrados en el mismo huerto, pero no han sido aún descubiertos, y por ellos quizás se pueda conocer su procedencia.

En Zaragoza se han abierto dos certámenes públicos, científico-literario uno y poético otro, cuyos premios se adjudicarán en el mes de Octubre próximo el día de la Virgen del Pilar.

Para el primero se han designado tres premios

á las mejores obras sobre los siguientes temas:—I. Principio de asociacion, su importancia, modo más acertado de aplicarlo al desarrollo de la instrucción pública y al desarrollo de la caridad en Zaragoza.—II. Intereses materiales de Zaragoza, su clasificación, modo más acertado para conseguir su desenvolvimiento.—III. Estudios críticos sobre el reino de Aragon desde el siglo XII hasta el siglo XVI.

En el certámen poético se adjudicarán: un laurel de oro á la mejor poesia dedicada á la gloria y excelcitudes de la Virgen; una lira de oro, á la dedicada á Zaragoza; una pluma de oro, al antiguo reino de Aragon; una lira de plata, á los Reyes Católicos, y una pluma de plata, á los héroes de Zaragoza en 1808.

La comision formada hace tiempo para la creacion de un monumento al gran poeta Quintana, ha invitado á los artistas españoles á un concurso para continuar dicho monumento en el cementerio de la Patriarcal. Los proyectos se presentarán en la Biblioteca nacional hasta el 15 de Mayo próximo.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

OBRAS DE SHAKSPEARE, *version castellana de Don Jaime Clarck. Tomo quinto: HAMLET, PRÍNCIPE DE DINAMARCA. LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR. Un tomo en 8.º, de lujo. Medina y Navarro, editor. Madrid 1871.* (Véase la cuarta plana de la cubierta de este número.)

Conocidos los obstáculos morales y materiales con que siempre han tropezado en España las publicaciones de las obras maestras de los grandes poetas, imposible parecia hace algun tiempo que pudiera realizarse la de la coleccion completa del eminente dramaturgo inglés; pero los señores Clarck y Medina y Navarro están demostrando que esos obstáculos eran ilusorios, ó que han sabido vencerlos por completo. Diez obras en cinco tomos van dados á luz, y es seguro que los que tan bien han planteado esta publicacion en época no muy bonancible para las artes y la literatura, sabrán llevarla á término feliz y áun emprender otras no menos útiles é importantes, máxime si las circunstancias dejan alguna vez de ser tan deplorables como lo son hoy para la industria, el comercio, las ciencias, las artes y, en una palabra, para todo lo que constituye la vida moral y material de un gran pueblo.

Las dos obras que contiene el tomo á que nos referimos no necesitan ser juzgadas ahora; lo han sido ya en todos los paises, y áun en España se han publicado muchos juicios de ellas, ántes y despues de la traduccion, no muy feliz por cierto, que hizo del *Hamlet* nuestro gran Moratin. La version del Sr. Clarck, no sólo es correcta y pura bajo el punto de vista literario, sino que reúne todas las condiciones de fidelidad y exactitud, tan necesarias en las obras de los grandes genios. A las dos obras á que se refieren estos apuntes, seguirán el *Julio César* y *Los dos hidalgos de Verona*.